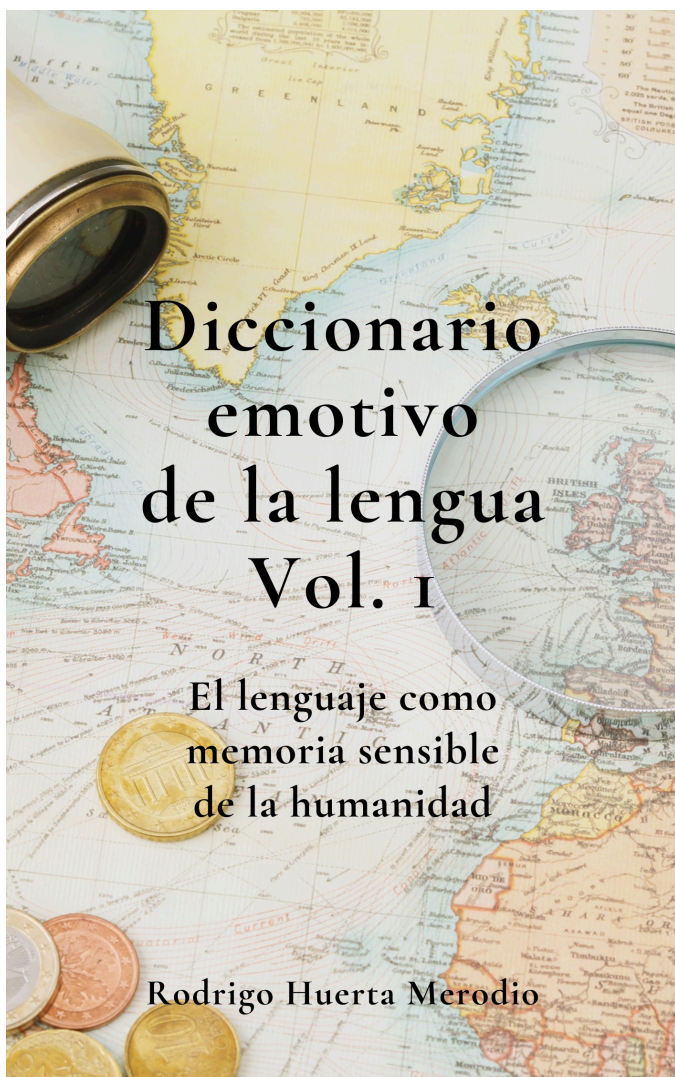




FUTURE NURTURING

Primera edición impresa en México, 2026
DISTRIBUIDO EN FORMA EXCLUSIVA POR EDITORIAL FUTURE
NURTURING PUBLISHERS AT WORK

Derechos reservados
© 2026, Future Nurturing Publishers At Work
C. Río Lerma 331, Cuauhtémoc, C.P. 06500 Ciudad de México

Imagen de portada: "lenguaje emotivo".

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos. Sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos de copyright.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (AI).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal)

Impreso en los talleres de Impresiones Digitales
Especializadas S.A. de C.V.
Viena 64-1, Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, Ciudad de México

Impreso y hecho en México — Printed and made in México

Diccionario Emotivo de la Lengua Vol. 1

Rodrigo Huerta Merodio

Serie Futuro-Ahora

Nota a la presente edición

El siguiente material ha abrevado de las nuevas tecnologías como modelo de consenso en las formas sin dejar de lado el contenido original. El autor y la editorial consideran que el uso de nuevas tecnologías trasciende las limitaciones técnicas que en otros tiempos podrían haber socavado las ideas que deberían haber permeado en la sociedad para obtener resultados adecuados en términos de su supervivencia. Por lo tanto hemos hecho uso de tecnología relativa no sólo a la inteligencia artificial, sino también de las técnicas tradicionales para su confección, redacción, diseño, impresión, mercadeo y distribución para su consumo. No consideramos la tecnología ni los desarrollos tecnológicos como competidores o amenazas. Por el contrario, consideramos que son un complemento necesario para la creatividad y el consenso, sin dejar atrás las técnicas tradicionales que refinan el proceso creativo y que enaltecen el resultado final.

Sobre el Autor

Rodrigo Huerta Merodio es abogado internacionalista egresado de la Universidad de las Américas Puebla. Fue profesor titular de las materias Personas y Bienes, Derecho Bancario y Bursátil y Derecho Internacional Privado a nivel licenciatura. Se desempeñó como abogado en propiedad intelectual con empresas de talla internacional como Viacom, The Joester Loria Group, Marvel y para marcas tan relevantes como la Pantera Rosa, Strawberry Shortcake, Los Padrinos Mágicos, Mundo Marvel entre otros. Durante el desempeño de su carrera trabajó de la mano de programadores, agentes de recursos humanos, mercadotecnia, agentes de ventas y comerciales, llevándolo a desempeñarse en el periódico El Informador, de la Ciudad de Guadalajara, Jal.. Como emprendedor, desarrolló un algoritmo descriptivo de la personalidad a través de la emotividad que conlleva cada letra que confecciona los nombres de las personas y de los conceptos que conforman el lenguaje (www.emotiveprompt.com), que encuentra aplicación práctica en el coaching, la inteligencia emocional (también para la pareja), la prospectación comercial y humana, así como para el desarrollo mercadológico y estratégico basado en emotividades. Con dicho emprendimiento pretende la ingresión de la hiper personalización en el trato al usuario en todos los modelos grandes de lenguaje de la Inteligencia Artificial (LLM).

Para Amaya

Diccionario emotivo de la lengua Vol. 1

El lenguaje como memoria sensible de la humanidad

Prólogo

Antes de que el ser humano pudiera explicar el mundo, tuvo que distinguirlo. Antes de poder nombrar aquello que lo rodeaba, tuvo que percibirlo. Y antes de construir sistemas complejos de pensamiento, tuvo que orientar su atención hacia determinados aspectos de la realidad que resultaban relevantes para su supervivencia.

Desde una perspectiva naturalista, la conciencia humana puede comprenderse como el resultado de una interacción continua entre un organismo y el mundo que lo rodea. El organismo percibe, selecciona, compara, recuerda, anticipa y responde. No toda la realidad puede ser atendida al mismo tiempo. La atención constituye, por ello, una forma de selección: entre la totalidad de estímulos disponibles, algunos adquieren relevancia para el organismo y son incorporados con mayor intensidad a su experiencia.

Es precisamente en ese territorio donde este libro sitúa el origen profundo del lenguaje.

La **Lingüística Primigenia** parte de una hipótesis sencilla pero de profundas consecuencias: la fonetización del mundo humano pudo estar relacionada, desde sus etapas más antiguas, con la experiencia sensible y emotiva que determinados fenómenos producían en quienes los percibían. Los sonidos empleados para representar, señalar o comunicar una experiencia no habrían surgido necesariamente como combinaciones completamente indiferentes de unidades sonoras, sino que podrían conservar —en alguna medida— huellas de aquello que originalmente atrajo la atención humana.

Esto significa cuestionar si **¿pudo existir una relación entre aquello que los seres humanos necesitaban distinguir, aquello que emocionalmente les resultaba relevante y las estructuras fonéticas mediante las cuales comenzaron a comunicarlo?**

La pregunta es especialmente importante porque la supervivencia no depende únicamente de percibir. Depende de **recordar lo percibido y transmitirlo.**

Un peligro debe ser reconocido. Una fuente de agua debe ser localizada. Un alimento debe distinguirse de aquello que puede resultar dañino. Una amenaza debe ser comunicada. Un miembro del grupo debe poder ser identificado. Una ruta

debe ser recordada. Una experiencia útil debe convertirse en conocimiento compartido. De esta manera, aquello que inicialmente pertenece a la experiencia individual puede convertirse, mediante el lenguaje, en memoria colectiva.

El lenguaje sería entonces mucho más que un instrumento para describir una realidad preexistente. Podría constituir también una de las principales tecnologías mediante las cuales una especie conserva aquello que considera relevante.

La realidad es infinitamente más extensa que aquello que una conciencia puede atender.

El organismo humano se encuentra permanentemente rodeado de sonidos, temperaturas, movimientos, formas, sustancias, organismos, amenazas, oportunidades y relaciones. Sin embargo, solamente una fracción de esa totalidad llega a adquirir relevancia consciente. La atención actúa como un mecanismo de selección y la emoción participa en esa selección señalando qué merece ser retenido, evitado, buscado, protegido o compartido.

Desde esta perspectiva, la emotividad no debe entenderse únicamente como sentimiento subjetivo. Puede ser considerada también como un **sistema de orientación de la atención**.

La conciencia, en esta perspectiva, no sería simplemente un espejo pasivo del universo, sino el

resultado de un proceso permanente de selección, integración y organización de información relevante para un organismo situado en un entorno determinado.

La palabra aparece entonces como una consecuencia extraordinaria de ese proceso: **la experiencia seleccionada puede convertirse en símbolo; el símbolo puede convertirse en memoria; la memoria puede convertirse en cultura; y la cultura puede transmitirse entre generaciones.**

La Lingüística Primigenia propone explorar si determinadas regularidades fonéticas pueden conservar una relación con las estructuras sensibles que acompañaron la formación y evolución de los conceptos.

Su punto de partida es el **Diccionario Emotivo**, entendido como una representación de posibles asociaciones entre unidades lingüísticas y determinados campos de experiencia, sensibilidad o significación. En este marco, las letras y los sonidos son considerados no solamente como componentes formales de las palabras, sino como elementos que potencialmente participan en una configuración emotiva.

La palabra puede ser observada, por tanto, en dos niveles. En el primer nivel se encuentra aquello que convencionalmente significa: aquello que un diccionario tradicional define. En el segundo se

encuentra aquello que podría denominarse su **configuración emotiva**: la combinación de disposiciones sensibles asociadas con los elementos fonéticos que la constituyen. La hipótesis fundamental es que ambos niveles podrían no ser completamente independientes.

Si una comunidad lingüística ha utilizado durante siglos determinadas estructuras sonoras para preservar conceptos relacionados con peligro, protección, alimento, reproducción, territorio, pertenencia, conflicto, cooperación, divinidad, naturaleza o conocimiento, quizá esas estructuras puedan revelar patrones que permitan aproximarnos a la manera en que dicha comunidad experimentó y organizó simbólicamente su realidad.

Esto conduce a una propuesta particularmente sugerente: **una lengua podría contener una memoria emotiva de aquello que sus hablantes consideraron suficientemente importante como para nombrarlo y transmitirlo.**

Una palabra no es solamente un conjunto de sonidos. Es también el resultado de una decisión colectiva de conservación. Cuando una comunidad crea, adopta y mantiene una palabra, está preservando una distinción emotiva. Está diciendo, de alguna manera: *esto merece ser reconocido como algo diferente de aquello.*

A lo largo de generaciones, las sociedades humanas han construido vocabularios extraordinariamente extensos para aquello que necesitan distinguir, recordar, intercambiar, proteger, explicar o imaginar. Por ello, estudiar las palabras desde su composición emotiva puede ofrecer una perspectiva complementaria a la semántica, la etimología y la fonología.

La pregunta ya no sería únicamente: **¿Qué significa esta palabra?** Sino también: **¿Qué experiencia humana parece haber sido preservada en ella?** Y, cuando se comparan distintas lenguas: **¿Qué aspectos de la realidad parecen haber sido conservados de manera emotiva y diferente por distintos grupos humanos?**

Esta última pregunta constituye uno de los objetivos centrales de este volumen.

Las lenguas no son idénticas entre sí. Cada una posee una historia, una geografía, una población y una trayectoria cultural particular. Aunque los seres humanos compartimos necesidades biológicas fundamentales, cada comunidad ha tenido que resolverlas en circunstancias diferentes. Los ambientes naturales, las amenazas, los recursos disponibles, las formas de organización social, las creencias, las tecnologías y las experiencias históricas han contribuido a determinar aquello que cada grupo necesitó distinguir y transmitir.

De este modo, puede plantearse la existencia de una **identidad emotiva de un grupo lingüístico**.

No se trataría de una identidad absoluta ni de una propiedad esencial de sus hablantes. Tampoco implicaría que todos los individuos de una comunidad experimenten las palabras de la misma manera. Se trataría, más modestamente, de investigar si el vocabulario de una lengua contiene patrones emotivos que reflejen aquello que históricamente adquirió relevancia para sus hablantes.

La comparación entre idiomas permitiría entonces observar no solamente qué palabras existen, sino **con base en qué fueron confeccionadas**.

Una misma necesidad humana puede recibir nombres radicalmente diferentes en distintas lenguas. Sin embargo, si detrás de esas diferencias superficiales existieran determinadas regularidades emotivas, podríamos comenzar a investigar si las lenguas conservan estructuras profundas relacionadas con la experiencia humana.

El presente volumen adopta deliberadamente una perspectiva naturalista para seleccionar sus palabras.

La razón es fundamental. Si queremos investigar una posible relación originaria entre lenguaje, emotividad, atención y realidad, necesitamos comenzar por conceptos cuya importancia no

dependa exclusivamente de una construcción cultural reciente.

Por ello, el punto de partida será aquello que constituye el fundamento material de toda civilización: **la supervivencia de la vida y la continuidad de los organismos humanos dentro de un entorno natural.**

Por esta razón, la selección de las palabras que integran este primer volumen no pretende privilegiar aquello que una determinada cultura considera importante desde una perspectiva moral o ideológica. Pretende comenzar por aquello que, desde una perspectiva naturalista, constituye una condición recurrente de la existencia humana.

La “supervivencia civilizatoria” puede contemplarse así como una extensión de la supervivencia biológica. Un organismo necesita conservar su integridad. Un grupo necesita conservar su capacidad de cooperación. Una sociedad necesita conservar conocimiento. Una civilización necesita conservar la capacidad de transmitir ese conocimiento a las generaciones siguientes.

La continuidad se convierte entonces en el concepto que conecta biología, conciencia, lenguaje y civilización.

Una de las premisas que atraviesan este diccionario es que la civilización no apareció

separada de la naturaleza. Es una consecuencia de ella.

El ser humano no dejó de ser un organismo cuando desarrolló lenguaje, agricultura, escritura, ciencia o tecnología. Por el contrario, todas esas capacidades pueden interpretarse como extensiones de sus mecanismos naturales de adaptación.

Desde esta perspectiva, la civilización puede entenderse como una enorme estructura de **información acumulada para aumentar la capacidad adaptativa de una población.**

Y si el lenguaje constituye uno de los principales mecanismos mediante los cuales esa información se conserva, entonces estudiar las palabras desde su dimensión emotiva equivale, en cierta medida, a estudiar fragmentos de la memoria adaptativa de nuestra especie.

El *Diccionario emotivo de la lengua. Volumen 1* propone realizar una primera exploración de esta hipótesis mediante un conjunto de palabras consideradas relevantes para la supervivencia civilizatoria.

Cada palabra será observada no únicamente por su definición, sino por la configuración que emerge de sus componentes lingüísticos primigenios. El propósito será identificar posibles relaciones entre

fonetización, emotividad, atención, concepto y experiencia.

La comparación de diferentes idiomas permitirá posteriormente preguntar si esas configuraciones permanecen estables, si se transforman, si convergen o si divergen según la historia y el contexto de cada comunidad lingüística.

De confirmarse determinadas regularidades, podríamos encontrarnos ante una dimensión poco explorada del lenguaje: no solamente la capacidad de representar conceptos, sino la posibilidad de **conservar estructuras de relevancia emocional asociadas con esos conceptos a través de las evocaciones emotivas que se experimentan en el cuerpo mediante las fonetizaciones.**

Este diccionario, por tanto, no pretende presentar las palabras como objetos estáticos. Pretende contemplarlas como productos de una historia evolutiva, cognitiva, social y cultural.

Cada palabra puede ser considerada una pequeña cápsula de memoria. Dentro de ella se encuentran un concepto, una experiencia, una necesidad, una distinción y, posiblemente, una huella de aquello que alguna vez capturó la atención emotiva de quienes comenzaron a utilizarla.

1. Fundamentos biológicos

Vida

La primera palabra de este Diccionario emotivo de la lengua es vida. La elección no es accidental. Si este volumen pretende explorar la relación entre lenguaje, emotividad, atención y supervivencia civilizatoria, resulta necesario comenzar por aquello que constituye la condición previa de toda experiencia humana: la existencia de la vida misma.

Desde la perspectiva naturalista adoptada en este libro, la vida puede considerarse como el fenómeno a partir del cual aparecen la percepción, la adaptación, la reproducción, la cooperación, el aprendizaje y, finalmente, las formas complejas de conciencia y civilización. Antes de que una sociedad pueda construir instituciones, producir conocimiento o desarrollar tecnología, deben existir organismos capaces de conservarse dentro de un entorno, obtener recursos, relacionarse y transmitir información.

Por ello, la palabra vida constituye un punto de partida privilegiado para explorar la hipótesis de la Lingüística Primigenia: si la fonetización de la experiencia humana estuvo relacionada, al menos parcialmente, con aquello que capturaba la atención y adquiría relevancia emotiva para una comunidad, entonces las palabras fundamentales

podrían conservar huellas de aquello que sus hablantes consideraron necesario distinguir, recordar y transmitir.

Para este primer análisis se seleccionaron cuatro expresiones correspondientes al mismo concepto: VIDA, en español; LIFE, en inglés; LEBEN, en alemán; y NEMILIZTLI, en náhuatl. Cada palabra fue analizada mediante el Diccionario Emotivo, considerando las asociaciones asignadas a sus letras y, especialmente, la frecuencia con que cada letra aparece. De esta manera, una letra repetida no representa simplemente el mismo concepto una segunda o tercera vez, sino que incrementa su incidencia dentro de la configuración emotiva de la palabra.

El resultado permite observar cuatro perspectivas diferentes sobre un mismo concepto.

VIDA: la existencia como fuerza de afirmación

La palabra española VIDA está formada por V, I, D y A. La V se relaciona con la fortaleza, pero también con el contrasentido; la I con la indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente; la D con lo divino y el deseo; y la A con el ápice, asociado al poder, pero también con la displicencia.

Como cada letra aparece una sola vez, todas las asociaciones poseen la misma incidencia. La

configuración resultante presenta una combinación de fortaleza, adaptación, deseo y poder.

La vida aparece así como una fuerza que busca conservarse y afirmarse frente al entorno. La fortaleza representa la capacidad de resistir; la posibilidad de navegar con la corriente introduce la flexibilidad necesaria para adaptarse; el deseo orienta al organismo hacia aquello que todavía no posee; y el poder representa la capacidad de intervenir sobre las condiciones que lo rodean.

Esta configuración posee una característica eminentemente dinámica. La vida no aparece como una existencia pasiva, sino como una fuerza orientada hacia la conservación, la expansión y la acción.

Sin embargo, cada una de estas fuerzas contiene su propio reverso. La fortaleza puede transformarse en contrasentido; la adaptación puede convertirse en indiferencia; el deseo puede perder su orientación; y el poder puede derivar en displicencia.

La identidad emotiva particular de VIDA, dentro de este análisis, puede formularse entonces como la de una fuerza de afirmación que busca conservarse mediante la fortaleza y la adaptación, orientada por el deseo hacia una mayor capacidad de acción, pero expuesta al riesgo de transformar

su propia potencia en contradicción, indiferencia o abuso del poder.

El español aporta así al concepto intercultural una dimensión particularmente volitiva, energética y afirmativa.

LIFE: la existencia como sistema relacional

La palabra inglesa LIFE ofrece una configuración diferente. La L se refiere a los límites; la I vuelve a introducir la indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente; la F se refiere a la fraternidad, pero también a aquello que se encuentra descompuesto; y la E se refiere al entendimiento, acompañado por la inocencia.

Aquí la vida comienza con los límites. Antes de adaptarse, relacionarse o comprender, existe una diferenciación entre el organismo y aquello que lo rodea. Los límites permiten reconocer una identidad.

La I introduce después la capacidad de adaptarse al flujo del entorno. La F transforma la existencia individual en existencia relacional mediante la fraternidad, mientras que la E culmina la configuración con el entendimiento.

La secuencia puede interpretarse como delimitación, adaptación, relación y comprensión.

La sombra aparece cuando aquello que sostiene la existencia comienza a deteriorarse. La fraternidad puede convertirse en descomposición y el entendimiento puede permanecer acompañado por la inocencia, es decir, por aquello que todavía no se conoce o no se comprende.

La identidad emotiva particular de LIFE puede formularse como la de una existencia delimitada que se adapta al flujo del entorno, encuentra continuidad mediante la fraternidad y desarrolla entendimiento, pero que permanece vulnerable al deterioro de sus vínculos y a aquello que todavía desconoce.

En relación con VIDA, la palabra inglesa desplaza el centro de gravedad desde la fuerza individual hacia una concepción más estructural, relacional y cognitiva de la existencia.

LEBEN: la existencia como comprensión de posibilidades

La palabra alemana LEBEN introduce una particularidad cuantitativa decisiva. Está formada por L-E-B-E-N y la letra E aparece dos veces.

La L representa los límites. La E representa el entendimiento, pero también la inocencia. La B representa la bondad, acompañada por la necesidad afectiva. Finalmente, N representa la posibilidad, junto con la necesidad.

Como la E aparece dos veces, tanto el entendimiento como la inocencia poseen dos incidencias. Esto convierte al entendimiento en el componente más representado de la configuración.

La estructura resulta particularmente sugerente porque el entendimiento aparece antes y después de la B:

Límite → entendimiento → bondad →
entendimiento → posibilidad.

La vida parece construirse alrededor de un proceso de comprensión. El organismo se diferencia del entorno, busca comprenderlo, establece relaciones favorables y vuelve a recurrir al entendimiento para abrirse hacia nuevas posibilidades.

La doble incidencia del entendimiento tiene también una contrapartida: la doble incidencia de la inocencia. Comprender y desconocer forman una tensión permanente. La vida puede ampliar su conocimiento, pero nunca deja de encontrarse frente a aquello que todavía no comprende.

La bondad introduce una dimensión favorable de relación, mientras que la necesidad afectiva representa su reverso. Finalmente, la posibilidad abre el horizonte hacia el futuro, mientras que la necesidad representa la incapacidad de aprovecharla adecuadamente.

La identidad emotiva particular de LEBEN puede formularse como la de una existencia delimitada que encuentra en el entendimiento el principal mecanismo para establecer relaciones favorables y abrir posibilidades futuras, aunque permanece expuesta a la vulnerabilidad de lo desconocido, la dependencia afectiva y la necesidad.

Dentro del conjunto analizado, el alemán aporta una dimensión especialmente cognitiva, relacional y prospectiva.

NEMILIZTLI: la existencia como continuidad adaptativa

El análisis de NEMILIZTLI presenta una configuración considerablemente más extensa. La palabra contiene diez letras: N, E, M, I, L, I, Z, T, L e I.

La N representa la posibilidad, pero también la necesidad; la E representa el entendimiento y la inocencia; la M representa la maternidad y la maldad; la I representa la indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente; la L representa los límites; la Z representa la determinación, pero también el extremo o final permanente; y la T representa el sacrificio, acompañado por la carga.

La característica cuantitativa fundamental es que la I aparece tres veces, mientras que la L aparece

dos veces. Por ello, la adaptación o posibilidad de navegar con la corriente constituye el componente de mayor incidencia de toda la palabra, seguido por los límites.

Esta repetición transforma la configuración. La vida aparece fuertemente relacionada con la capacidad de adaptarse repetidamente a las condiciones del entorno sin perder completamente su estructura propia.

La presencia de la M introduce además una dimensión generativa que no apareció en las otras tres palabras: la maternidad. La vida no solamente busca conservarse; también puede generar nueva vida y participar en la continuidad de la existencia.

La Z y la T incorporan determinación y sacrificio. De este modo, la continuidad no depende únicamente de adaptarse pasivamente a las circunstancias. También requiere adoptar direcciones, asumir esfuerzos y soportar cargas.

La sombra de esta configuración contiene necesidad, inocencia, maldad, extremo y carga. La posibilidad puede convertirse en necesidad; la comprensión puede permanecer en inocencia; la maternidad puede adquirir un reverso destructivo; la determinación puede convertirse en extremo; y el sacrificio puede transformarse en una carga que amenaza aquello mismo que pretendía preservar.

La identidad emotiva particular de NEMILIZTLI puede formularse como la de una existencia orientada a la continuidad mediante una adaptación constante, capaz de generar nueva vida, establecer límites, desarrollar determinación y asumir sacrificios, pero vulnerable a que la posibilidad se transforme en necesidad, la generación en destrucción, la determinación en extremo y el sacrificio en carga.

Dentro del conjunto intercultural, el náhuatl aporta una dimensión especialmente adaptativa, generativa y sacrificial.

Cuatro configuraciones de una misma experiencia

Cuando observamos las cuatro palabras en conjunto, aparece una primera conclusión metodológica: la traducción semántica no implica necesariamente una identidad emotiva.

VIDA, LIFE, LEBEN y NEMILIZTLI designan el mismo territorio conceptual, pero cada una organiza sus componentes emotivos de manera diferente.

El español presenta la vida como fuerza de afirmación.

El inglés la presenta como existencia relacional y delimitada.

El alemán la presenta como existencia orientada por el entendimiento hacia la posibilidad.

El náhuatl la presenta como continuidad adaptativa y generativa.

Estas particularidades son importantes porque permiten observar cómo el mismo concepto puede ser enfocado desde distintos ángulos. Una lengua parece destacar la potencia; otra, la relación; otra, la comprensión; otra, la adaptación y la generación.

No se trata todavía de afirmar que estas diferencias constituyan características psicológicas de las comunidades lingüísticas correspondientes. El corpus es demasiado reducido. Lo que sí puede afirmarse es que el mismo procedimiento aplicado a las cuatro palabras produce configuraciones distintas y, al mismo tiempo, revela elementos recurrentes.

Es precisamente esa combinación de diferencia y coincidencia la que permite construir la identidad emotiva intercultural.

La identidad emotiva intercultural de VIDA

Al integrar las cuatro configuraciones, algunos conceptos adquieren una presencia especialmente significativa.

La adaptación alcanza cinco incidencias en el conjunto. Los límites alcanzan cuatro y el entendimiento también cuatro. La posibilidad aparece dos veces. Estos cuatro conceptos forman el núcleo común más evidente del análisis.

La coincidencia resulta especialmente significativa desde la perspectiva naturalista que orienta este volumen.

Todo organismo necesita mantener algún grado de diferenciación respecto de su entorno. Necesita límites.

Todo organismo necesita responder de alguna manera a las condiciones que lo rodean. Necesita adaptación.

En los organismos capaces de procesamiento complejos, la adaptación depende de captar información, distinguir patrones, aprender y modificar conductas. En nuestro marco interpretativo, esto encuentra correspondencia con el entendimiento.

Finalmente, la vida no solamente responde al presente. Se reproduce, aprende, se proyecta y genera nuevas posibilidades de continuidad.

Así, los cuatro idiomas parecen converger alrededor de una estructura conceptual que puede expresarse como:

límites → entendimiento → adaptación → posibilidad de continuidad.

Pero esta secuencia no debe interpretarse como una cadena rígida. Es más apropiado imaginarla como un ciclo.

La vida establece límites para conservar una identidad; necesita comprender para saber cómo relacionarse con su entorno; debe adaptarse cuando las condiciones cambian; y necesita mantener abiertas nuevas posibilidades para continuar existiendo. Una vez que las condiciones cambian nuevamente, el ciclo vuelve a comenzar.

Desde esta perspectiva, la Identidad Emotiva Intercultural de VIDA puede formularse de la siguiente manera:

VIDA es la existencia de un sistema diferenciado que conserva su identidad mediante límites, comprende las condiciones de su entorno, se adapta a sus transformaciones, establece vínculos que favorecen su continuidad y mantiene abiertas posibilidades futuras de existencia.

Esta identidad intercultural integra las cuatro particularidades sin eliminar ninguna de ellas.

La fortaleza y el poder del español representan la capacidad de actuar.

La fraternidad del inglés representa la dimensión cooperativa.

El entendimiento y la posibilidad del alemán representan la dimensión cognitiva y prospectiva.

La maternidad, la determinación y el sacrificio del náhuatl representan la dimensión generativa y de continuidad.

De este modo, la identidad intercultural no es simplemente el promedio de las cuatro palabras. Es una estructura emergente que aparece al considerar aquello que cada una aporta al concepto.

La sombra de la identidad intercultural
La configuración luminosa no está completa sin sus sombras.

En el conjunto aparecen el contrasentido, la indiferencia, la descomposición, la inocencia, la necesidad afectiva, la necedad, la maldad, el extremo y la carga. Estas asociaciones pueden interpretarse como los riesgos inherentes a las mismas fuerzas que permiten la continuidad.

La adaptación puede convertirse en indiferencia cuando el organismo deja de distinguir aquello que verdaderamente importa. La fortaleza puede transformarse en contrasentido cuando la resistencia se dirige contra las condiciones que favorecen la propia supervivencia. La comprensión puede permanecer limitada por la inocencia y la necedad. Los vínculos pueden deteriorarse hasta convertirse en descomposición. La necesidad de relación puede convertirse en dependencia. La

determinación puede transformarse en extremo y el sacrificio en una carga insoportable.

La sombra intercultural de la vida podría sintetizarse entonces en tres grandes amenazas: perder la orientación, perder la integración y perder la flexibilidad.

Una vida incapaz de orientarse no sabe hacia dónde adaptarse. Una vida incapaz de integrarse pierde los vínculos que sostienen su continuidad. Y una vida incapaz de flexibilizarse puede convertir sus propios mecanismos de conservación en mecanismos de destrucción.

El resultado adquiere una importancia particular cuando se relaciona con el fundamento de la Lingüística Primigenia planteado al comienzo de este volumen.

Si la emotividad participa en la orientación de la atención, y si la atención determina qué aspectos de la realidad son seleccionados para ser percibidos, recordados y comunicados, entonces las palabras pueden ser consideradas como posibles depósitos de esa historia de selección.

La vida sería uno de los primeros territorios en los que esa selección adquiere sentido.

Un organismo debe distinguir aquello que favorece su continuidad de aquello que la amenaza. Debe

reconocer límites, detectar cambios, aprovechar posibilidades y modificar su comportamiento. En los organismos humanos, estos procesos pueden adquirir niveles extraordinarios de complejidad hasta convertirse en aprendizaje, memoria, lenguaje y conciencia.

Desde esta perspectiva, la identidad emotiva intercultural encontrada en VIDA, LIFE, LEBEN y NEMILIZTLI resulta sugerente porque sus principales coincidencias —límites, entendimiento, adaptación y posibilidad— corresponden precisamente a dimensiones fundamentales de la relación entre un organismo y su entorno.

La primera palabra del diccionario nos ofrece, por tanto, algo más que una definición.

Nos proporciona un modelo de investigación.

La comparación de VIDA, LIFE, LEBEN y NEMILIZTLI muestra que un concepto puede conservar una identidad semántica común mientras adquiere configuraciones emotivas particulares en diferentes lenguas.

El español parece recordar la vida como fuerza. El inglés, como relación. El alemán, como comprensión. El náhuatl, como adaptación y continuidad generativa.

Y, al integrarlas, emerge una identidad intercultural más amplia:

La vida es la capacidad de un sistema de conservarse como una entidad diferenciada, comprender su entorno, adaptarse a sus transformaciones, relacionarse con aquello que favorece su continuidad y mantener abiertas las posibilidades de su existencia futura.

Esta primera identidad será el punto de referencia para las palabras que seguirán.

Porque si la hipótesis de la Lingüística Primigenia posee fundamento, cada nuevo concepto debería permitirnos observar algo semejante: una combinación de invariantes humanos y particularidades culturales, una tensión entre aquello que parece pertenecer a nuestra experiencia común y aquello que cada comunidad lingüística decidió preservar de una manera singular.

La vida es, en este sentido, un comienzo apropiado.

Porque antes de preguntarnos qué significa una palabra, debemos preguntarnos por qué una especie necesitó nombrar aquello que esa palabra representa.

Y quizá, podamos aproximarnos a una respuesta más amplia: qué decidió recordar la humanidad cuando comenzó a convertir su experiencia sensible en lenguaje.

Supervivencia

La palabra supervivencia representa uno de los conceptos fundamentales de la experiencia humana: la necesidad de conservar la continuidad de la vida frente a aquello que puede amenazarla. Sin embargo, cuando este concepto es observado desde la perspectiva del Diccionario Emotivo de la Lengua, su significado deja de ser exclusivamente semántico y comienza a revelar una estructura emocional más compleja. La comparación entre sus formas en español, inglés, alemán y náhuatl permite observar que una misma realidad conceptual puede adquirir diferentes matices dependiendo de la configuración particular de las letras que la expresan.

Para este análisis se consideraron las formas SUPERVIVENCIA en español, SURVIVAL en inglés, ÜBERLEBEN en alemán y NEMILIZTLI como aproximación conceptual en náhuatl. Esta última debe entenderse con una particularidad metodológica: no constituye una equivalencia léxica perfecta de «supervivencia», sino una aproximación vinculada con la vida, la existencia y su continuidad. Precisamente por ello resulta valiosa para el análisis intercultural, pues permite observar cómo una cultura puede aproximarse al mismo campo conceptual desde una organización lingüística diferente.

La supervivencia en español: una experiencia amplia de resiliencia

La palabra SUPERVIVENCIA posee una de las configuraciones más extensas de las cuatro formas estudiadas. Sus trece letras articulan conceptos relacionados con la seducción, la interiorización, la atención, el entendimiento, la realidad, la fortaleza, la adaptación, la posibilidad, el cariño y el poder, acompañados respectivamente por sus polaridades sombrías: sufrimiento, negligencia, atención a los problemas, inocencia, ingenuidad, contrasentido, indiferencia, necedad, transferencia de responsabilidad y displicencia.

La repetición de las letras E, V e I adquiere particular importancia. El entendimiento y la inocencia aparecen dos veces; la fortaleza y el contrasentido también; y la indiferencia, junto con la posibilidad de navegar con la corriente, igualmente. De esta manera, la palabra concentra una parte importante de su identidad en tres tensiones: comprender frente a permanecer ingenuo, resistir frente a actuar de manera contradictoria y adaptarse frente a caer en la indiferencia.

La identidad emotiva del español puede caracterizarse, por ello, como resiliente, adaptativa y vigilante. La supervivencia requiere reconocer la realidad, prestar atención a los detalles, comprender las circunstancias y desarrollar

fortaleza para responder ante ellas. Pero también implica enfrentar el peligro de que la misma fortaleza se vuelva rigidez, que la adaptación se convierta en pasividad o que la comprensión sea sustituida por ingenuidad.

La configuración española presenta así la supervivencia como una experiencia integral. No se trata solamente de resistir, sino de observar, comprender, adaptarse, vincularse, resistir y finalmente adquirir algún grado de control sobre las circunstancias. Su amplitud conceptual hace que la palabra parezca describir no solamente el hecho de permanecer con vida, sino todo el proceso emocional que permite conseguirlo.

La supervivencia en inglés: resistencia y límites

La palabra SURVIVAL presenta una estructura considerablemente más compacta. Sus ocho letras contienen seducción y sufrimiento, interiorización y negligencia, realidad e ingenuidad, fortaleza y contrasentido, adaptación e indiferencia, poder y displicencia, además de los límites.

Su característica más importante es la repetición de la V, que aparece dos veces. La fortaleza constituye así el componente de mayor incidencia, pero su sombra —el contrasentido— se duplica igualmente. La identidad de SURVIVAL queda entonces fuertemente asociada con la capacidad de resistir.

Sin embargo, la palabra no termina en la fortaleza, sino en la L, asociada con los límites. Esta posición final resulta particularmente significativa dentro de la interpretación emotiva: la resistencia necesita fronteras. No todo puede soportarse indefinidamente y no toda confrontación es necesariamente una estrategia de supervivencia.

La identidad emotiva del inglés puede definirse como resistente, adaptativa y delimitadora. Sobrevivir implica soportar la adversidad, reconocer la realidad, adaptarse cuando es necesario y establecer límites que permitan conservar la continuidad de la existencia.

En comparación con el español, SURVIVAL presenta una configuración menos diversificada y más concentrada. Mientras SUPERVIVENCIA incorpora una gama amplia de recursos emocionales y relacionales, SURVIVAL parece condensar el concepto alrededor de una pregunta más directa: ¿cómo resistir y hasta dónde?

La supervivencia en alemán: comprender y vincularse para continuar

La forma alemana ÜBERLEBEN ofrece una configuración particularmente diferente. En sus nueve letras, la E aparece tres veces, convirtiendo al entendimiento en el concepto de mayor incidencia. La B aparece dos veces, aportando

bondad y necesidad afectiva. También aparecen la interiorización, la realidad, los límites y la posibilidad.

La repetición de la E hace que la tensión entre entendimiento e inocencia constituya el núcleo cuantitativo de esta palabra. Sobrevivir, desde esta configuración, parece depender especialmente de la capacidad para comprender lo que sucede. Pero la comprensión siempre está acompañada por el riesgo de la inocencia: comprender no significa necesariamente estar libre de vulnerabilidad.

La repetición de la B introduce además una dimensión relacional. La bondad aparece acompañada de la necesidad afectiva, sugiriendo que la continuidad de la existencia puede estar sostenida por los vínculos, la cooperación y la ayuda, aunque también puede quedar condicionada por una dependencia excesiva de los demás.

La identidad emotiva de ÜBERLEBEN puede describirse, por tanto, como comprensiva, relacional y adaptativa. Frente al énfasis en la resistencia que presenta SURVIVAL, la configuración alemana parece colocar el entendimiento en el centro de la experiencia. Sobrevivir no consiste únicamente en resistir aquello que amenaza, sino en comprender la realidad, conservar vínculos favorables, reconocer

límites y mantener abiertas posibilidades de continuidad.

La particularidad alemana dentro del conjunto reside, por ello, en que la supervivencia aparece especialmente vinculada con la comprensión y el vínculo afectivo.

La supervivencia en náhuatl: adaptación, protección y sacrificio

La forma utilizada para el análisis náhuatl, NEMILIZTLI, presenta otra arquitectura emotiva. Sus diez letras contienen posibilidad y necesidad, entendimiento e inocencia, maternidad y maldad, adaptación e indiferencia, límites, determinación y extremo, además de sacrificio y carga.

Su rasgo cuantitativamente más importante es la repetición de la I, que aparece tres veces. La posibilidad de navegar con la corriente se convierte así en el componente de mayor incidencia. La supervivencia aparece fuertemente relacionada con la adaptación a las circunstancias, con la capacidad de modificar la propia conducta de acuerdo con aquello que ocurre.

La presencia de dos L refuerza la importancia de los límites. La adaptación no es ilimitada: necesita fronteras que eviten que la flexibilidad se transforme en pérdida de dirección. La Z, relacionada con la determinación y, en su

polaridad, con el extremo o el final permanente, introduce además la tensión entre perseverar y llegar al punto irreversible.

La M aporta un elemento singular: la maternidad. Dentro del campo conceptual de la supervivencia, esta asociación introduce una dimensión de protección y conservación de la vida. La T, por su parte, incorpora el sacrificio y la carga, sugiriendo que preservar la continuidad puede implicar asumir costos.

La identidad emotiva de NEMILIZTLI puede definirse como adaptativa, protectora y resistente. Su particularidad consiste en presentar la supervivencia como una forma de continuidad negociada con las circunstancias, en la que permanecer con vida implica adaptarse, proteger aquello vulnerable, reconocer límites, asumir sacrificios y conservar la determinación necesaria para evitar el final.

Debe recordarse, metodológicamente, que en este estudio NEMILIZTLI funciona como una aproximación conceptual relacionada con vida o existencia, y no como una traducción exacta de «supervivencia».

La convergencia de cuatro configuraciones

Al observar conjuntamente las cuatro formas lingüísticas, surge una conclusión central: las

palabras no son idénticas en su arquitectura emotiva, pero sus configuraciones convergen alrededor de varios principios fundamentales.

El primero es la adaptación. Se encuentra de manera explícita en las I de SUPERVIVENCIA, SURVIVAL y, con especial intensidad, NEMILIZTLI. La adaptación representa la capacidad de modificar la propia respuesta en función del entorno. Sobrevivir no consiste necesariamente en vencer a las circunstancias, sino en encontrar una manera de continuar dentro de ellas.

El segundo es el entendimiento de la realidad. En español y alemán aparece mediante la E; en SURVIVAL, mediante la R asociada con lo real; y en NEMILIZTLI, nuevamente mediante la E. La comprensión de las circunstancias se revela como una condición fundamental para responder adecuadamente ante la amenaza.

El tercero es la resistencia o determinación. La fortaleza aparece con especial intensidad en español e inglés, mientras que la determinación aparece en la forma náhuatl. Las cuatro configuraciones contienen, de una manera u otra, la necesidad de mantener la continuidad frente a una fuerza que podría interrumpirla.

El cuarto es el reconocimiento de los límites. Aparece directamente en SURVIVAL y NEMILIZTLI, mientras que en las otras

configuraciones se expresa indirectamente mediante la atención, la realidad, el poder y la comprensión. La supervivencia requiere saber no solamente cuánto puede resistirse, sino también cuándo es necesario detenerse, cambiar de estrategia o evitar una situación que comprometa la propia continuidad.

Finalmente aparece la posibilidad. La supervivencia no está orientada únicamente a conservar el presente; está orientada a mantener abierto el futuro. Mientras exista una posibilidad de continuar, la supervivencia permanece conceptualmente activa.

Una característica común: la dualidad inseparable

Cada recurso contiene su propia vulnerabilidad. La fortaleza puede convertirse en contrasentido. La adaptación puede transformarse en indiferencia. El entendimiento puede convivir con la inocencia. El reconocimiento de la realidad puede enfrentarse a la ingenuidad. La posibilidad puede convertirse en necesidad. La bondad puede transformarse en dependencia afectiva. La determinación puede conducir al extremo y el sacrificio puede convertirse en carga.

La supervivencia aparece entonces como una experiencia de equilibrio dinámico entre fuerzas opuestas. No se trata de eliminar las sombras, sino

de evitar que estas dominen los recursos que permiten continuar existiendo.

Identidad emotiva intercultural

La comparación de las cuatro formas permite formular una identidad emotiva intercultural que trasciende las particularidades de cada lengua:

La supervivencia es la capacidad de preservar la continuidad de la vida frente a la adversidad mediante la comprensión de la realidad, la adaptación a las circunstancias, la fortaleza o determinación necesarias para persistir y el reconocimiento de los límites que protegen la propia existencia, manteniendo abierta la posibilidad de un futuro.

Esta identidad no elimina las diferencias entre las lenguas. Por el contrario, las integra.

El español presenta la supervivencia como una experiencia amplia y compleja, en la que intervienen atención, comprensión, fortaleza, adaptación, vínculos y poder.

El inglés la concentra en una identidad resistente y delimitadora, donde la fortaleza y los límites adquieren especial relevancia.

El alemán la configura como una experiencia comprensiva y relacional, donde el entendimiento y la bondad ocupan un lugar central.

El náhuatl, a través de la forma utilizada para este estudio, la aproxima a una experiencia adaptativa, protectora y sacrificial, en la que navegar con las circunstancias, preservar la vida, reconocer límites y asumir costos forman parte de la continuidad.

Las cuatro perspectivas pueden representarse como diferentes caminos hacia una misma estructura: comprender, adaptarse, resistir, establecer límites y preservar posibilidades.

La palabra supervivencia revela, desde esta aproximación, una paradoja fundamental: sobrevivir no es simplemente resistir. A veces significa resistir; otras veces, adaptarse. En ocasiones exige comprender; en otras, aceptar límites. Puede requerir fortaleza, pero también flexibilidad. Puede depender de la autonomía, pero también de los vínculos. Puede exigir sacrificio, pero también la capacidad de reconocer cuándo el sacrificio deja de ser sostenible.

Las diferencias entre SUPERVIVENCIA, SURVIVAL, ÜBERLEBEN y NEMILIZTLI no deben interpretarse como contradicciones, sino como distintas ventanas hacia un mismo fenómeno. Cada configuración enfatiza una parte de la experiencia: el español amplía, el inglés concentra,

el alemán comprende y vincula, mientras que la aproximación náhuatl adapta, protege y sacrifica.

El resultado intercultural puede condensarse finalmente en una sola idea: la supervivencia es el proceso mediante el cual un sistema vivo conserva abierta la posibilidad de continuar existiendo mientras negocia permanentemente con las condiciones que podrían impedirlo.

Desde la perspectiva del Diccionario Emotivo de la Lengua, esta negociación constituye precisamente su identidad más profunda. La vida no sobrevive únicamente porque resiste aquello que la amenaza, sino porque reconoce la amenaza, comprende su entorno, modifica su comportamiento, establece límites, utiliza sus recursos y conserva alguna posibilidad de futuro.

Así, la supervivencia aparece como una de las expresiones más claras de la dualidad emotiva: la misma fuerza que permite continuar puede convertirse en vulnerabilidad; la misma adaptación que protege puede convertirse en indiferencia; la misma posibilidad que abre el futuro puede convertirse en necedad; y el mismo sacrificio que conserva la vida puede convertirse en carga.

Sobrevivir, en última instancia, no consiste en elegir definitivamente entre la luz y la sombra, sino en aprender a moverse entre ambas sin perder la dirección fundamental de la existencia: continuar.

Reproducción

La palabra reproducción constituye un caso particularmente revelador para comprender cómo una misma realidad conceptual puede adquirir matices emotivos diferentes cuando se expresa en distintas lenguas. En este estudio se analizaron cuatro formas lingüísticas: REPRODUCCIÓN, en español; REPRODUCTION, en inglés; FORTPFLANZUNG, en alemán; y TLACATILIZTLI, utilizada como aproximación nahua al campo conceptual de la generación o nacimiento humano. El propósito no fue determinar cuál de ellas representa una traducción más exacta desde el punto de vista convencional, sino observar qué estructura emotiva emerge de cada una cuando sus letras son interpretadas mediante el Diccionario Emotivo de la Lengua.

En REPRODUCCIÓN, la estructura se encuentra dominada por la doble presencia de las letras R y C. La R introduce la tensión entre lo real y la ingenuidad, mientras que la C contrapone el cariño y la posibilidad de desplazar la responsabilidad hacia otros. A estos componentes se suman el entendimiento y la inocencia de la E, la atención al detalle y a los problemas de la P, la retención y la integración de la O, lo divino y el deseo de la D, la interiorización y la negligencia de la U, la indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente de la I, y la posibilidad y la necesidad de la N.

La identidad emotiva del español REPRODUCCIÓN puede entenderse, por tanto, como una generación consciente, afectiva e integradora, pero atravesada por tensiones relacionadas con la ingenuidad, la negligencia y la responsabilidad. La reproducción no aparece únicamente como producción de algo nuevo, sino como un proceso que implica comprender, atender, integrar, interiorizar y vincularse afectivamente con aquello que se genera. Al mismo tiempo, la presencia de sus polaridades sombrías recuerda que la continuidad puede verse afectada por decisiones ingenuas, falta de atención o desplazamiento de responsabilidades.

El español aporta así al conjunto intercultural una dimensión particularmente afectiva y reflexiva. Su contribución fundamental consiste en asociar la reproducción con la capacidad de comprender y atender aquello que se genera, pero también con la necesidad de asumir la responsabilidad que acompaña al vínculo.

En REPRODUCTION, la estructura conserva una parte importante de los componentes presentes en español, pero introduce una modificación significativa mediante la presencia de la letra T y una segunda O. La doble aparición de la O intensifica retención e integración, mientras que la T introduce sacrificio y carga. Se mantienen, además, lo real y la ingenuidad, el entendimiento y

la inocencia, la atención al detalle y a los problemas, lo divino y el deseo, la interiorización y la negligencia, el cariño y la posibilidad de desplazar responsabilidades, así como la indiferencia, la posibilidad y la necesidad.

La identidad emotiva inglesa puede describirse como una continuidad integradora que exige esfuerzo para ser sostenida. El elemento distintivo es que reproducir no solamente implica generar, sino también conservar, integrar y soportar la carga necesaria para mantener la continuidad. La reproducción adquiere así una dimensión de sostenimiento: aquello que nace debe incorporarse a una estructura existente y requiere recursos, esfuerzo y responsabilidad.

La aportación del inglés al conjunto intercultural es, por ello, especialmente importante en torno a los conceptos de retención, integración, sacrificio y carga. Mientras el español hace más visible el componente afectivo y comprensivo, el inglés enfatiza el costo de mantener y prolongar aquello que se reproduce.

La forma alemana, FORTPFLANZUNG, introduce un cambio todavía más marcado. Su estructura está constituida por trece incidencias y contiene dos F y dos N. La F aporta fraternidad y descomposición, mientras que la N aporta posibilidad y necesidad. A ellas se suman la retención y la integración de O; lo real y la

ingenuidad de R; sacrificio y carga de T; atención al detalle y a los problemas de P; los límites de L; poder y displicencia de A; determinación y final permanente de Z; interiorización y negligencia de U; y magia y displicencia de G.

La identidad emotiva de FORTPFLANZUNG se configura alrededor de una idea de continuidad relacional sometida a límites y sostenida mediante esfuerzo y determinación. La doble presencia de F concede a la fraternidad una importancia que no encontramos con la misma intensidad en las otras expresiones. La reproducción aparece vinculada con la continuidad entre seres y con la pertenencia a una estructura relacional, aunque la sombra de la descomposición recuerda que toda estructura puede deteriorarse.

La doble N introduce, por su parte, una fuerte tensión entre posibilidad y necesidad. No basta con que exista la capacidad de continuar: es necesario utilizarla adecuadamente. La presencia de L y Z añade una conciencia particularmente intensa de los límites y del final. De esta manera, la expresión alemana aporta al conjunto una dimensión de fraternidad, límites, determinación y conciencia de la finitud.

Esta aportación modifica sustancialmente la comprensión intercultural del concepto. La reproducción no solamente conserva y genera; también ocurre dentro de condiciones que no

pueden ignorarse. Existe un límite, existe un esfuerzo y existe la posibilidad de que aquello que se reproduce finalmente termine. La continuidad, desde esta perspectiva, adquiere valor precisamente porque ocurre frente a la finitud.

La expresión TLACATILIZTLI, empleada como aproximación al campo conceptual nahua de nacimiento o generación humana, presenta una configuración aún más concentrada. Sus trece letras contienen tres T, tres L y tres I. La T aporta sacrificio y carga; la L, límites; y la I, indiferencia y posibilidad de navegar con la corriente. Las dos A introducen poder y displicencia; la C incorpora cariño y desplazamiento de responsabilidad; y la Z agrega determinación y final permanente.

La identidad emotiva de esta expresión se caracteriza por una generación sometida a límites, esfuerzo y finitud, pero abierta a la posibilidad y acompañada por el afecto. La triple presencia de T convierte el sacrificio y la carga en elementos centrales. La triple presencia de L hace de los límites otro de sus grandes ejes, mientras que la triple I introduce una tensión entre la indiferencia y la posibilidad de dejarse llevar por el curso de los acontecimientos.

Esta configuración aporta al estudio una dimensión particularmente significativa: la reproducción, cuando se aproxima al concepto de generación humana, aparece asociada a la responsabilidad

inherente al nacimiento y a las condiciones que delimitan la existencia. El nacimiento no es solamente un comienzo; supone una nueva realidad que deberá desarrollarse dentro de límites, asumir cargas y avanzar hacia un futuro cuyo desenlace último está marcado por la finitud.

La comparación de las cuatro expresiones permite observar que ninguna de ellas contiene por sí sola toda la estructura emotiva del concepto. Cada idioma parece iluminar una región diferente del mismo fenómeno. El español enfatiza la comprensión, el afecto y la integración; el inglés fortalece la retención, la integración y el esfuerzo necesario para sostener la continuidad; el alemán incorpora con particular intensidad la fraternidad, los límites, la posibilidad y la determinación; mientras que la expresión nahua concentra la atención en el sacrificio, los límites, la posibilidad y la conciencia de la finitud.

De esta comparación emerge una identidad emotiva intercultural que puede formularse como una continuidad vital consciente, afectiva y limitada, que requiere integración, responsabilidad y esfuerzo para generar y sostener aquello que habrá de continuar.

Desde esta perspectiva intercultural, reproducir no significa simplemente volver a producir lo mismo. La estructura emotiva conjunta sugiere algo más profundo: reproducir es participar en la continuidad

de algo que nos precede, integrarlo en una nueva existencia y asumir las condiciones, responsabilidades y esfuerzos necesarios para que pueda prolongarse. La reproducción mira simultáneamente hacia atrás y hacia adelante: conserva algo recibido, pero lo transforma en posibilidad futura.

Los cuatro idiomas contribuyen a construir esta identidad desde perspectivas complementarias. El español recuerda que la continuidad necesita entendimiento y cariño. El inglés señala que conservar y prolongar exige integración y esfuerzo. El alemán introduce la dimensión de fraternidad, límites y determinación, mostrando que la continuidad siempre ocurre dentro de una estructura relacional y finita. El náhuatl, mediante la expresión seleccionada, enfatiza el sacrificio, la responsabilidad y la conciencia de los límites de la existencia.

Las sombras presentes en las cuatro configuraciones también resultan reveladoras. La ingenuidad, la inocencia, la atención a los problemas, la negligencia, la indiferencia, la necesidad, la displicencia y el desplazamiento de responsabilidades muestran que la continuidad no está garantizada. Reproducir puede convertirse en una forma de perpetuación responsable, pero también puede realizarse de manera irreflexiva. La posibilidad de generar vida o continuidad lleva

consigo la posibilidad de no atender adecuadamente aquello que se ha generado.

Así, la identidad emotiva intercultural de REPRODUCCIÓN queda construida sobre una paradoja fundamental: la reproducción representa simultáneamente continuidad y límite. Genera futuro porque conserva pasado; prolonga la existencia porque acepta que toda existencia es finita; integra porque algo ha de ser transmitido; y exige sacrificio porque aquello que continúa necesita ser sostenido.

El concepto adquiere de esta manera una dimensión profundamente humana. La reproducción deja de aparecer únicamente como un fenómeno biológico para convertirse, dentro del espacio emotivo intercultural, en una expresión de la relación entre continuidad, afecto, responsabilidad, esfuerzo, posibilidad y finitud. Cada idioma aporta una perspectiva diferente de esta experiencia, y es precisamente la interacción entre esas perspectivas la que permite descubrir una identidad emotiva más amplia que la de cualquiera de sus expresiones individuales.

En este sentido, el análisis intercultural no busca establecer que una lengua “posea” un significado emocional determinado, sino mostrar cómo diferentes configuraciones lingüísticas pueden revelar distintas dimensiones de una misma realidad. La palabra se convierte así en un punto

de encuentro entre lenguas y culturas: cada una ilumina una parte del fenómeno y, al compararlas, surge una imagen más compleja.

REPRODUCCIÓN, contemplada desde esta perspectiva, puede entenderse finalmente como la voluntad y posibilidad de dar continuidad a la vida, a una relación, a una estructura o a una realidad recibida, mediante un proceso que integra lo anterior con lo nuevo y que exige afecto, responsabilidad, esfuerzo y determinación, siempre dentro de los límites que impone la propia existencia.

Esa es, en última instancia, la principal aportación del análisis intercultural: mostrar que detrás de una palabra aparentemente sencilla puede existir una arquitectura emotiva compleja. El español, el inglés, el alemán y el náhuatl no dicen exactamente lo mismo al nombrar este fenómeno; cada uno selecciona y enfatiza diferentes dimensiones. Pero al colocarlos en diálogo, la reproducción aparece como una experiencia que une lo que permanece, lo que nace, lo que se transmite, lo que se sostiene y aquello que inevitablemente habrá de terminar.

Salud

La palabra salud constituye uno de los conceptos más universales de la experiencia humana y, al mismo tiempo, uno de los que adquiere matices

más profundos cuando se observa desde diferentes lenguas. En este ejercicio, el análisis de SALUD en español, HEALTH en inglés, GESUNDHEIT en alemán y PACAYELIZTLI en náhuatl permite aproximarnos a una identidad emotiva intercultural que no surge de la simple traducción de un concepto, sino de la manera particular en que cada lengua configura, mediante sus letras, diferentes dimensiones de la experiencia asociada con el bienestar.

La identidad emotiva del español: SALUD

En SALUD, la salud aparece como una experiencia fundamentalmente relacionada con el equilibrio interior, el deseo, el poder personal, los límites y la trascendencia. La palabra contiene seducción y sufrimiento, poder y displicencia, límites, interiorización y negligencia, así como divinidad y deseo. Su estructura presenta, por tanto, una marcada tensión entre fuerzas que impulsan hacia el bienestar y aquellas que pueden conducir a su pérdida.

La seducción introduce una dimensión de atracción: la salud es algo que se desea y que resulta valioso precisamente porque representa una condición de bienestar. El sufrimiento, como contraparte, recuerda que la importancia de la salud suele hacerse evidente cuando el equilibrio se rompe. El ápice, asociado al poder, introduce la capacidad de actuar sobre las circunstancias,

mientras que la displicencia advierte sobre el riesgo de dar por sentado aquello que se posee.

Los límites representan el mecanismo regulador de esta estructura. La salud exige reconocer hasta dónde puede llegar el cuerpo, la mente y la voluntad. La interiorización añade la necesidad de escuchar el propio mundo interno, mientras que la negligencia representa el peligro de ignorar esas señales. Finalmente, lo divino y el deseo elevan el concepto hacia una dimensión aspiracional y trascendente.

La identidad emotiva de SALUD puede entenderse, así, como la búsqueda de una condición de plenitud mediante el conocimiento interior, el reconocimiento de los límites y el ejercicio del poder personal, impulsada por el deseo y acompañada por una dimensión trascendente, pero permanentemente amenazada por el sufrimiento, la negligencia y la displicencia.

La aportación particular del español consiste en colocar en primer plano la interioridad y la aspiración. La salud aparece como algo que se desea, se interioriza y se experimenta desde el propio ser.

La identidad emotiva del inglés: HEALTH

La configuración de HEALTH desplaza el centro de gravedad hacia una concepción más estructurada.

La palabra contiene valores, entendimiento, poder, límites y sacrificio, acompañados por sus respectivas sombras: rigidez, inocencia, displicencia y carga.

La doble aparición de la H resulta determinante. Los valores y la rigidez adquieren dos incidencias cada uno, convirtiéndose en uno de los ejes principales de la palabra. La salud aparece, por tanto, vinculada con principios, normas y estructuras que permiten conservar el bienestar, aunque existe simultáneamente el riesgo de convertir esas estructuras en restricciones excesivas.

El entendimiento introduce la conciencia necesaria para comprender el propio estado. La inocencia representa el punto de partida de ese conocimiento: puede existir bienestar antes de comprender sus causas. El poder introduce capacidad de acción, mientras que los límites proporcionan regulación. Finalmente, el sacrificio y la carga muestran que mantener la salud puede exigir esfuerzo, disciplina y responsabilidad.

La identidad emotiva de HEALTH puede sintetizarse como la construcción consciente del bienestar a través de valores, comprensión, autorregulación y disciplina, mediante el ejercicio responsable del poder y el reconocimiento de los límites, aunque con el riesgo de transformar el cuidado en rigidez o carga.

La aportación específica del inglés consiste en enfatizar la estructura y la responsabilidad consciente. Frente a la interiorización y trascendencia que destacan en español, HEALTH configura el bienestar como algo que requiere principios, conocimiento, límites y esfuerzo sostenido.

La identidad emotiva del alemán: GESUNDHEIT

GESUNDHEIT presenta la configuración más extensa y compleja de las cuatro palabras analizadas. Sus diez letras generan diecinueve incidencias conceptuales, con una doble presencia particularmente importante del entendimiento y la inocencia, debido a la repetición de la letra E.

La palabra comienza con la magia, acompañada por la displicencia. Este inicio introduce una dimensión de transformación y de misterio. La salud puede experimentarse como algo extraordinario: la capacidad del organismo para mantenerse, recuperarse y transformarse contiene una dimensión que puede parecer casi mágica. Sin embargo, la displicencia advierte sobre el peligro de no valorar esa capacidad.

El entendimiento y la inocencia, presentes dos veces, forman uno de los núcleos de la configuración. La salud implica pasar de una condición espontánea a una comprensión

consciente de aquello que sostiene el bienestar. La seducción y el sufrimiento reproducen la tensión entre el atractivo de la salud y la experiencia de su pérdida.

La interiorización y la negligencia introducen nuevamente la necesidad de escucharse. La posibilidad y la necesidad abren el concepto hacia el futuro, pero advierten que las posibilidades pueden desperdiciarse cuando se actúa sin conciencia. Lo divino y el deseo incorporan una dimensión trascendente, mientras que los valores y la rigidez introducen principios y disciplina.

Finalmente, la indiferencia, entendida como posibilidad de navegar con la corriente, introduce una dimensión particularmente distintiva. La salud no consiste exclusivamente en controlar las circunstancias; también requiere capacidad de adaptación. El sacrificio y la carga completan la configuración mostrando el costo que puede tener sostener el bienestar.

La identidad emotiva de GESUNDHEIT puede definirse como un proceso dinámico de transformación, comprensión, interiorización y adaptación mediante el cual la persona conserva y desarrolla su bienestar, combinando posibilidad, deseo, valores y sacrificio, pero enfrentando permanentemente los riesgos de la negligencia, la necesidad, la rigidez, la displicencia y la pasividad.

La aportación particular del alemán es la dinámica de transformación y adaptación. La salud no aparece solamente como un estado que debe conservarse, sino como un proceso mediante el cual el individuo comprende, se transforma y aprende a navegar las circunstancias de la existencia.

La identidad emotiva del náhuatl: PACAYELIZTLI

La configuración de PACAYELIZTLI aporta una dimensión especialmente vinculada con el cuidado, la atención y la responsabilidad. Sus doce letras generan veintitrés incidencias conceptuales. Destacan por su repetición los ejes de poder y displicencia, inocencia, límites e indiferencia/adaptación.

La palabra comienza con la atención al detalle y la atención a los problemas. Esta característica introduce una dimensión preventiva particularmente importante. La salud comienza con la capacidad de observar: mirar aquello que funciona, detectar aquello que está cambiando y reconocer oportunamente los problemas.

El poder aparece dos veces, pero también su sombra, la displicencia. La salud requiere capacidad de acción, pero el poder puede producir exceso de confianza. El cariño introduce una dimensión relacional y afectiva. Sin embargo, su sombra —la deflexión de la responsabilidad hacia

otros— recuerda que el cuidado no debe convertirse en dependencia o transferencia de responsabilidad.

El poder de atracción, acompañado por la inocencia, y el entendimiento profundizan la relación entre bienestar y conciencia. Los límites, presentes dos veces, adquieren una importancia estructural: cuidar implica saber hasta dónde llegar. La indiferencia, también repetida, introduce la capacidad de navegar con la corriente y aceptar aquello que no puede o no necesita ser controlado.

La determinación aporta voluntad de acción, mientras que el extremo y el final permanente introducen una conciencia de los límites últimos de la existencia. El sacrificio y la carga recuerdan que el cuidado requiere responsabilidad.

La identidad emotiva de PACAYELIZTLI puede sintetizarse como el cuidado consciente y afectuoso de la propia existencia mediante la atención a los detalles y a los problemas, el entendimiento, el ejercicio responsable del poder, el establecimiento de límites y la capacidad de adaptación, sostenidos por determinación y sacrificio, pero amenazados por la displicencia, la delegación de responsabilidad, la indiferencia y los excesos.

La aportación particular del náhuatl es la dimensión del cuidado atento y afectivo. La salud aparece

como una práctica cotidiana de observación, protección, cariño y responsabilidad, en la que también es necesario aprender cuándo actuar y cuándo dejar que las circunstancias sigan su curso.

Hacia una identidad emotiva intercultural

Al reunir las cuatro configuraciones, la salud deja de aparecer como un concepto unidimensional. Cada lengua aporta una perspectiva diferente y, al mismo tiempo, comparte elementos que permiten construir una identidad emotiva común.

El español aporta la interioridad, el deseo y la trascendencia. Su visión conduce hacia el interior de la persona y hacia aquello que aspira a alcanzar. La salud es algo que se desea, que se experimenta internamente y que puede adquirir un significado superior al estrictamente corporal.

El inglés aporta la estructura, los valores, el entendimiento y la responsabilidad. Su configuración enfatiza que el bienestar necesita principios, límites y disciplina. No basta con desear estar bien: es necesario comprender y actuar.

El alemán aporta la transformación, la posibilidad y la adaptación. Su configuración recuerda que la salud no es una fotografía estática, sino un proceso dinámico. Estar saludable implica atravesar cambios, comprenderlos y aprender a navegar las circunstancias.

El náhuatl, mediante PACAYELIZTLI, aporta el cuidado atento, el cariño, la prevención y la responsabilidad personal. La salud adquiere una dimensión relacional y práctica: observar, cuidar, detectar problemas, establecer límites y actuar oportunamente.

Las cuatro lenguas coinciden, aunque desde diferentes caminos, en una idea fundamental: la salud implica equilibrio y requiere participación activa de la persona. Ninguna de las configuraciones presenta el bienestar como una condición completamente pasiva. En todas existe algún mecanismo de conservación o búsqueda: deseo, poder, valores, entendimiento, interiorización, atención, determinación, sacrificio o adaptación.

También aparece una segunda coincidencia: todo bienestar contiene su propia sombra. La salud está acompañada por sufrimiento, displicencia, negligencia, rigidez, carga, necedad, indiferencia o exceso. Desde esta perspectiva, la identidad emotiva intercultural de la salud no puede construirse únicamente con los elementos positivos. Su riqueza está precisamente en la tensión entre ambos polos.

La salud es bienestar, pero también conciencia de la posibilidad de perderlo. Es poder, pero también reconocimiento de los límites. Es deseo, pero

también sacrificio. Es entendimiento, pero parte de la inocencia. Es atención, pero puede transformarse en preocupación excesiva. Es disciplina, pero puede convertirse en rigidez. Es adaptación, pero puede degenerar en indiferencia. Es cuidado, pero no debe convertirse en transferencia de responsabilidad.

De esta convergencia surge una identidad emotiva intercultural de la salud que puede formularse como la búsqueda y conservación consciente de un estado de bienestar integral mediante el conocimiento interior, el cuidado atento, el ejercicio responsable del poder, el establecimiento de límites, la comprensión de las propias condiciones, la capacidad de adaptación y la determinación para actuar; una búsqueda orientada por el deseo y los valores, enriquecida por el cariño y la trascendencia, pero condicionada por la conciencia del sufrimiento, la finitud, el sacrificio y los riesgos de la negligencia, la rigidez, la displicencia, la pasividad y el exceso.

Desde esta perspectiva, las lenguas no ofrecen únicamente cuatro maneras de nombrar una misma realidad. Cada una parece aportar una ventana emotiva diferente sobre el concepto. El español invita a mirar hacia dentro y hacia lo que se desea alcanzar; el inglés organiza el bienestar alrededor de valores, conocimiento y responsabilidad; el alemán lo presenta como un proceso de transformación y adaptación; y el

náhuatl incorpora el cuidado atento y afectivo como práctica de preservación.

La identidad intercultural resultante puede representarse, entonces, como un recorrido: desear el bienestar, comprenderlo, atenderlo, actuar para conservarlo, reconocer sus límites, adaptarse a los cambios y aceptar que la salud es una condición dinámica y finita. Ninguna de las lenguas contiene por sí sola la totalidad de esta experiencia, pero su convergencia permite construir una imagen más amplia.

Así, desde la perspectiva del Diccionario emotivo de la lengua, la salud no sería únicamente el estado en el que un organismo funciona adecuadamente. Emotivamente, sería una relación consciente con la propia existencia: querer estar bien, comprender qué significa estar bien, observar aquello que puede alterar ese estado, cuidar de uno mismo y de los vínculos que lo sostienen, ejercer la capacidad de actuar sin desconocer los límites, adaptarse cuando el control resulta imposible y asumir el esfuerzo necesario para preservar el equilibrio.

La palabra se convierte de este modo en un pequeño mapa de la experiencia humana. SALUD, HEALTH, GESUNDHEIT y PACAYELIZTLI no son solamente equivalentes lingüísticos: dentro de la metodología propuesta, constituyen cuatro configuraciones que, al encontrarse, permiten

descubrir una noción intercultural más amplia del bienestar. En esa convergencia reside precisamente la aportación del análisis: mostrar que una palabra puede contener no sólo aquello que una cultura dice, sino también aquello que emocionalmente parece considerar necesario para sostener la vida.

Alimento

La palabra alimento constituye un punto de partida especialmente significativo para explorar la manera en que distintas lenguas pueden configurar emotivamente una misma experiencia humana. En español, inglés, alemán y náhuatl encontramos términos que remiten al sustento y a aquello que se incorpora para mantener la vida, pero la estructura emotiva obtenida a partir de sus letras revela que cada lengua parece enfatizar una dimensión particular del fenómeno. La comparación entre ALIMENTO, FOOD, NAHRUNG y TLACUALI permite observar que el concepto de alimento no se limita a la satisfacción de una necesidad biológica: alrededor de él aparecen relaciones de poder, cuidado, fraternidad, deseo, sacrificio, responsabilidad, transformación e integración.

En ALIMENTO, la identidad emotiva del español aparece vinculada fundamentalmente con el sostenimiento de la vida mediante la incorporación de lo externo, dentro de una tensión permanente entre cuidado y daño, necesidad y dependencia,

sacrificio e integración. La palabra comienza con el poder y la posibilidad de la displicencia, atraviesa los límites, se relaciona con la capacidad de adaptarse a las circunstancias y encuentra en la maternidad uno de sus núcleos más significativos. El entendimiento y la inocencia introducen una dimensión de conciencia y confianza; la posibilidad y la necedad muestran la doble naturaleza de la necesidad; mientras que el sacrificio y la carga recuerdan que detrás del alimento existe un esfuerzo necesario para producirlo, obtenerlo y proporcionarlo. Finalmente, la retención y la integración expresan el destino fundamental de aquello que se consume: lo que estaba fuera termina convirtiéndose en parte de quien lo recibe.

Así, la identidad emotiva de ALIMENTO puede entenderse como la de aquello que sostiene la vida mediante la incorporación de lo externo, bajo una tensión entre cuidado y daño, necesidad y dependencia, sacrificio e integración. La aportación particular del español consiste en presentar el alimento como un proceso de sostén y cuidado, pero también como una responsabilidad que exige esfuerzo y que puede contener contradicciones.

En FOOD, la estructura emotiva adquiere una configuración diferente. La letra O aparece dos veces y, por ello, tanto la retención como la integración tienen una incidencia doble. Esta repetición convierte a la incorporación en el centro de gravedad de la palabra. Sin embargo, el inglés

introduce además la fraternidad, la descomposición, lo divino y el deseo. La comida aparece entonces como aquello que puede compartirse y generar vínculos, pero que también pertenece al mundo material y está sometido al deterioro. La presencia de lo divino eleva la experiencia alimentaria hacia lo ritual y lo sagrado, mientras que el deseo introduce la dimensión del placer y de la apetencia.

La identidad emotiva de FOOD puede sintetizarse como la incorporación de aquello que se comparte, mediante un proceso de retención e integración que transforma una necesidad corporal en una experiencia social, deseada y potencialmente sagrada. Su principal aportación a la construcción intercultural es, por tanto, la dimensión de fraternidad y deseo. El alimento no sólo mantiene vivo al individuo: puede reunir a las personas alrededor de una mesa, convertirse en objeto de placer y adquirir significados simbólicos o espirituales.

El alemán, mediante NAHRUNG, introduce una configuración particularmente orientada hacia la posibilidad y la transformación. La letra N aparece dos veces, por lo que posibilidad y necesidad adquieren una incidencia doble. La palabra incorpora además poder y displicencia, valores y rigidez, realidad e ingenuidad, interiorización y negligencia, así como magia y displicencia. En esta configuración, el alimento aparece como una

realidad material capaz de producir una transformación interior.

La identidad emotiva de NAHRUNG puede definirse como aquello que hace posible la continuidad de la vida mediante la interiorización de una realidad material, dentro de un marco de valores y transformación, pero bajo el riesgo de convertir la necesidad en necedad y el poder nutritivo en negligencia o displicencia. La aportación específica del alemán consiste en destacar la dimensión de posibilidad, realidad e interiorización. El alimento aparece como aquello que permite que algo exterior se transforme en capacidad interior y, por tanto, como una condición para que nuevas posibilidades puedan desarrollarse.

En TLACUALI, la configuración náhuatl introduce una dimensión especialmente relacional. La repetición de las letras L y A hace que límites, poder y displicencia tengan una incidencia doble. A ello se agregan sacrificio y carga, cariño y desplazamiento de la responsabilidad hacia otros, interiorización y negligencia, así como indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente. La estructura revela un alimento estrechamente relacionado con quien alimenta y con quien recibe.

Su identidad emotiva puede sintetizarse como aquello que, mediante el sacrificio y el cariño, atraviesa los límites para ser interiorizado y

sostener la vida, pero que también implica poder y responsabilidad, con el riesgo de que el cuidado se transforme en negligencia, indiferencia o desplazamiento de la responsabilidad.

La aportación particular de TLACUALI es especialmente importante porque hace visible el carácter relacional del acto de alimentar. El alimento no necesariamente es algo que el individuo obtiene por sí mismo. Puede ser algo que una persona proporciona a otra. De esta manera aparecen simultáneamente cariño, sacrificio, carga, poder y responsabilidad. Alimentar puede ser una expresión de amor y cuidado, pero también puede convertirse en una forma de ejercer poder o de transferir responsabilidades.

La comparación de estas cuatro identidades permite observar que ninguna de ellas agota por sí misma el significado emotivo del concepto. Cada lengua parece iluminar una región diferente de un mismo fenómeno. El español enfatiza el sostén, el cuidado y el sacrificio; el inglés destaca el compartir, el deseo y la integración; el alemán resalta la posibilidad, la realidad y la interiorización; y el náhuatl hace especialmente visible el vínculo entre alimentación, cariño, poder y responsabilidad.

La convergencia más profunda aparece cuando se observa que las cuatro configuraciones conducen hacia una misma operación fundamental: algo que se encuentra fuera del individuo debe atravesar un

límite para convertirse en parte de él. El alimento es, en este sentido, uno de los ejemplos más elementales de transformación de exterioridad en interioridad. La naturaleza exterior se convierte en sustento; el sustento se convierte en energía; la energía se convierte en capacidad; y la capacidad permite la continuidad de la vida.

Pero el análisis intercultural muestra que esta transformación nunca es exclusivamente biológica. En ALIMENTO, la incorporación está acompañada de cuidado y sacrificio. En FOOD, puede estar acompañada de fraternidad, deseo y sacralidad. En NAHRUNG, se relaciona con la posibilidad de transformación y con la interiorización de una realidad. En TLACUALI, aparece como una relación interpersonal en la que alimentar significa cuidar, pero también asumir una responsabilidad y ejercer cierto poder sobre quien recibe.

De esta convergencia emerge una identidad emotiva intercultural del alimento que puede expresarse como la transformación de una realidad exterior en sustento interior mediante un acto de incorporación que vincula necesidad, cuidado, relación, poder, responsabilidad y posibilidad de continuidad.

La identidad intercultural permite, además, reconocer una especie de recorrido común. El alimento nace en el exterior; requiere límites para ser seleccionado; puede demandar esfuerzo y

sacrificio para llegar hasta quien lo necesita; puede ser ofrecido desde el cariño o compartido desde la fraternidad; puede despertar deseo o adquirir una dimensión sagrada; finalmente, es interiorizado y transformado en posibilidad de vida. En este recorrido aparecen también sus sombras: la negligencia, la displicencia, la indiferencia, la necedad, la descomposición, la rigidez y el desplazamiento de responsabilidades.

Precisamente esta coexistencia de fuerzas positivas y sombras resulta esencial para la identidad intercultural. El alimento no es presentado únicamente como un bien. Es un poder de transformación. Y todo poder transformador contiene una posibilidad constructiva y otra destructiva. Puede nutrir o dañar; unir o generar dependencia; cuidar o controlar; proporcionar libertad o convertirse en carga; satisfacer una necesidad o transformarse en deseo desmedido.

La comparación permite formular, así, una interpretación más amplia: alimentar es transformar. Transformar materia en energía, exterioridad en interioridad, necesidad en posibilidad y, en determinadas circunstancias, relación humana en vínculo. La comida puede convertirse en fraternidad, el sustento en cuidado, la nutrición en capacidad y el acto de compartir en una expresión de pertenencia.

Desde esta perspectiva, las cuatro lenguas no compiten por definir cuál posee el significado más completo. Por el contrario, cada una aporta una pieza diferente a una construcción intercultural más amplia. El español aporta el cuidado y el sacrificio del sostenimiento; el inglés aporta la fraternidad, el deseo y la integración; el alemán aporta la posibilidad, la realidad y la transformación interior; y el náhuatl aporta la dimensión afectiva y relacional de alimentar, junto con la conciencia del poder y la responsabilidad que implica hacerlo.

La identidad emotiva intercultural resultante puede representarse, finalmente, como un ciclo:

exterioridad → límite → esfuerzo → cuidado →
relación → incorporación → transformación →
posibilidad.

Y alrededor de este ciclo se encuentran sus sombras: displicencia, indiferencia, negligencia, necedad, rigidez, descomposición y desplazamiento de responsabilidad.

El alimento aparece así como una experiencia fundamentalmente humana porque reúne en un solo concepto varias de las operaciones esenciales de la existencia: recibir, seleccionar, incorporar, transformar, sostener, compartir y cuidar. Comer permite vivir, pero alimentar puede significar amar; compartir comida puede significar pertenecer; producirla puede significar sacrificarse; recibirla

puede significar aceptar un vínculo; y transformarla interiormente significa convertir algo que pertenecía al mundo en una parte de nosotros mismos.

La comparación intercultural del Diccionario emotivo de la lengua muestra, por ello, que una palabra aparentemente sencilla puede contener una arquitectura emocional compleja. ALIMENTO, FOOD, NAHRUNG y TLACUALI no son únicamente cuatro maneras de nombrar aquello que comemos: dentro de la metodología empleada, cada una revela una perspectiva particular sobre la relación entre materia, vida y humanidad. Al integrarlas, el concepto deja de ser exclusivamente nutricional y adquiere una dimensión antropológica: el alimento es aquello mediante lo cual la vida recibe del mundo exterior los elementos necesarios para continuar siendo ella misma, transformándolos en fuerza interior y, al mismo tiempo, construyendo vínculos con los demás.

Esta será, para este estudio, la principal aportación del análisis intercultural: demostrar que la identidad emotiva de un concepto puede ampliarse cuando diferentes lenguas son observadas no sólo como sistemas de traducción, sino como configuraciones que permiten iluminar distintas dimensiones de una misma experiencia humana.

Agua

Hay palabras que parecen sencillas porque designan realidades que acompañan al ser humano desde antes de que pudiera nombrarlas. Agua es una de ellas. Antes de convertirse en palabra, el agua ya era necesidad, supervivencia, alivio, peligro, frontera, camino y misterio. El ser humano pudo tardar en construir conceptos para explicarla, pero nunca pudo prescindir de ella. Por eso, cuando diferentes lenguas nombran el agua, no solamente encontramos distintas formas de designar una sustancia: encontramos distintas posibilidades de organizar emocionalmente una experiencia fundamental de la existencia.

En este análisis, la comparación de AGUA, WATER, WASSER y ATL, este último correspondiente al náhuatl ātl, permite observar cuatro configuraciones emotivas diferentes alrededor de una misma realidad. De acuerdo con el modelo del Diccionario Emotivo de la Lengua, cada letra aporta una fuerza y una sombra, y la repetición de una letra incrementa la incidencia de los conceptos asociados a ella. El resultado no pretende reducir el significado de las palabras a sus letras, sino explorar qué identidad emotiva emerge cuando la configuración alfabética se interpreta como un espacio de fuerzas, tensiones, posibilidades y vulnerabilidades.

En español, AGUA presenta una configuración dominada por el ápice asociado al poder, que aparece dos veces debido a la repetición de la letra A. Su contraparte, la displicencia, también adquiere dos incidencias. La G aporta la magia, acompañada nuevamente por la displicencia, mientras que la U introduce la interiorización, acompañada por la negligencia. La estructura resultante puede resumirse como poder, magia e interiorización frente a displicencia y negligencia.

La identidad emotiva de AGUA es, por ello, la de un poder que transforma desde dentro. El agua tiene capacidad para modificar aquello que toca sin necesidad de imponerse mediante una confrontación directa. Penetra, contiene, erosiona, alimenta y transforma. La interiorización adquiere además una dimensión especialmente significativa cuando se piensa en el acto de beber: el agua deja de estar fuera y pasa a formar parte del organismo. La magia puede representar el misterio de una sustancia aparentemente simple que, sin embargo, sostiene procesos esenciales de la vida.

Pero el poder tiene una sombra. La doble presencia de la A recuerda que aquello que sostiene la vida puede también convertirse en objeto de dominio. La displicencia y la negligencia introducen una advertencia: aquello que es indispensable puede terminar siendo ignorado precisamente cuando su disponibilidad parece garantizada. AGUA contiene, de esta manera, una

paradoja: el poder de aquello que necesitamos puede pasar inadvertido hasta que su ausencia se hace evidente.

En inglés, WATER presenta una estructura diferente. Sus cinco letras no se repiten, por lo que cada concepto posee una incidencia. W aporta valentía, frente a desidia; A aporta ápice o poder, frente a displicencia; T introduce sacrificio, frente a carga; E aporta entendimiento, frente a inocencia; y R representa lo real, frente a ingenuidad.

La identidad emotiva de WATER aparece así como la valentía que se dirige hacia el poder, acepta el sacrificio, busca comprender y finalmente se encuentra con lo real. Su configuración tiene un carácter más procesual que AGUA. Parece describir un recorrido: actuar, alcanzar, esforzarse, comprender y confrontar la realidad.

La presencia del sacrificio y la carga resulta especialmente significativa cuando se incorpora la experiencia humana del agua. Conseguir agua, transportarla, almacenarla, protegerla o garantizar su disponibilidad ha representado históricamente esfuerzo. La sed convierte una necesidad biológica en una fuerza capaz de movilizar al individuo. El agua puede ser deseada no porque sea extraordinaria, sino porque su ausencia recuerda de manera inmediata que la vida depende de ella.

WATER introduce además entendimiento y realidad. La necesidad de agua no es una metáfora: es una condición material de existencia. La palabra adquiere así una identidad emotiva relacionada con la acción consciente frente a una necesidad real.

En alemán encontramos WASSER, cuya configuración presenta seis letras. Aquí aparece una diferencia decisiva: la letra S se repite dos veces. Por ello, seducción y sufrimiento tienen dos incidencias cada uno. W aporta valentía y desidia; A, poder y displicencia; E, entendimiento e inocencia; R, realidad e ingenuidad.

La identidad emotiva de WASSER se encuentra, por tanto, en el eje seducción–sufrimiento. Es una configuración profundamente relacional. El agua atrae, envuelve y establece una relación con quien la busca, pero esa misma capacidad de atraer está acompañada por la posibilidad del sufrimiento.

Esta relación adquiere una profundidad particular cuando pensamos en la sed. Una persona sedienta no se relaciona con el agua como con un objeto indiferente: la necesita, la busca y es atraída hacia ella. El agua se convierte en promesa de alivio. La sed transforma al agua en objeto de deseo. Pero la imposibilidad de acceder a ella transforma ese mismo deseo en sufrimiento.

WASSER aporta así al concepto una dimensión que no estaba tan marcada en las otras palabras: el vínculo emocional entre la necesidad y aquello que puede satisfacerla. La seducción representa la atracción hacia el agua; el sufrimiento representa la experiencia de su ausencia o de la frustración de esa necesidad.

Finalmente encontramos ATL, la forma náhuatl correspondiente a ātl. Su configuración es mucho más breve: A aporta ápice o poder, acompañado por displicencia; T aporta sacrificio, acompañado por carga; y L representa límites.

ATL ofrece una identidad emotiva particularmente concentrada: el poder que acepta límites y se realiza mediante el sacrificio.

La aparición explícita de los límites constituye una aportación fundamental. El agua no solamente da vida; también puede marcar fronteras, separar territorios, determinar posibilidades de asentamiento y condicionar la supervivencia. Un río puede ser camino y frontera; una fuente puede ser origen de una comunidad; la disponibilidad o escasez de agua puede determinar dónde puede vivir una población.

El sacrificio y la carga adquieren aquí una dimensión igualmente profunda. Allí donde el agua no está disponible de manera inmediata, conseguirla implica esfuerzo. Transportarla

constituye literalmente una carga. Proteger una fuente de agua puede convertirse en una responsabilidad colectiva. El agua, por tanto, aparece en ATL como una fuerza cuyo valor está relacionado con aquello que se debe hacer para obtenerla, conservarla y mantenerla dentro de ciertos límites.

Si contemplamos ahora las cuatro configuraciones conjuntamente, cada idioma parece aportar una perspectiva particular a una misma experiencia.

El español, mediante AGUA, aporta la dimensión del poder interior y transformador. El agua es una fuerza que penetra, se incorpora y modifica. Su identidad emotiva se relaciona con la capacidad de transformar desde dentro, aunque acompañada por la advertencia de la displicencia y la negligencia.

El inglés, mediante WATER, aporta la dimensión de la acción, el sacrificio, el entendimiento y la realidad. El agua aparece como una necesidad concreta ante la cual el ser humano debe actuar, esforzarse y comprender.

El alemán, mediante WASSER, aporta la dimensión de la atracción y el sufrimiento. El agua es aquello hacia lo cual se dirige el deseo cuando aparece la sed; su ausencia puede transformar esa atracción en sufrimiento.

El náhuatl, mediante ATL, aporta la dimensión del límite, la carga y el sacrificio. El agua aparece como una condición cuya disponibilidad establece posibilidades y restricciones, y cuya obtención puede exigir esfuerzo.

Al unir estas perspectivas emerge una identidad emotiva intercultural más amplia.

El agua puede entenderse como un poder vital que transforma desde dentro, atrae al ser humano hacia sí, exige acción y sacrificio, establece límites y confronta a la existencia con una realidad elemental: necesitamos beber para vivir.

La sed ocupa entonces un lugar central en esta identidad. La sed es la experiencia de una ausencia. El organismo sabe que necesita algo antes de que la razón formule la necesidad. La sed convierte al agua en deseo; el deseo puede conducir a la búsqueda; la búsqueda puede exigir valentía y sacrificio; el sacrificio puede convertirse en carga; la disponibilidad del agua puede otorgar poder; su escasez puede establecer límites; y su consumo permite la interiorización de aquello que antes se encontraba fuera.

De esta manera, los conceptos identificados en las cuatro lenguas pueden comenzar a relacionarse como partes de una misma experiencia humana: poder, valentía, sacrificio, carga, seducción,

sufrimiento, entendimiento, realidad, interiorización y límites.

Incluso las sombras adquieren una nueva profundidad. La displicencia puede representar el olvido de aquello que parece estar siempre disponible. La desidia puede aparecer cuando una necesidad deja de percibirse como urgente. La negligencia puede representar la incapacidad de cuidar aquello que sostiene la vida. La ingenuidad puede llevar a subestimar la fragilidad del acceso al agua. Y el sufrimiento recuerda la consecuencia más elemental de su ausencia.

El agua revela así una de las paradojas fundamentales de la existencia: aquello que parece más cotidiano puede ser aquello de lo que más dependemos.

Bebemos agua y, precisamente por hacerlo cotidianamente, dejamos de percibir el extraordinario hecho de que una sustancia exterior puede incorporarse a nosotros y mantenernos vivos. La necesidad repetida se vuelve invisible. Solamente cuando aparece la sed recordamos su importancia.

Desde esta perspectiva, la identidad emotiva intercultural de AGUA, WATER, WASSER y ATL podría sintetizarse como la memoria sensible de la supervivencia. El agua representa aquello que sostiene la vida, pero también aquello cuya

ausencia revela nuestra vulnerabilidad. Es poder y límite; deseo y alivio; sacrificio y recompensa; realidad y misterio; interiorización y transformación.

Cada idioma parece iluminar una parte distinta de esa experiencia. El español enfatiza la fuerza transformadora; el inglés, la acción consciente ante la realidad; el alemán, la atracción y el sufrimiento del vínculo; el náhuatl, los límites y el sacrificio necesarios para sostener la vida.

Juntas, estas perspectivas sugieren una identidad más profunda: el agua no solamente es aquello que bebemos; es aquello que nos recuerda que vivir significa necesitar.

Y quizá sea precisamente ahí donde comienza su verdadera dimensión emotiva. Porque la sed no solamente nos dice que necesitamos agua. Nos recuerda que somos seres dependientes, vulnerables y finitos. El agua, en consecuencia, no representa únicamente la vida: representa también la conciencia de que la vida necesita ser sostenida.

Así, cuatro palabras diferentes pueden converger en una misma experiencia humana: buscar aquello que nos permite continuar existiendo, reconocer su valor cuando falta y aprender que toda forma de vida se encuentra, de algún modo, limitada por aquello que necesita para permanecer viva.

Oxígeno

Oxígeno: la memoria emotiva de la respiración

Hay palabras cuya construcción emotiva parece llevarnos más allá de aquello que simplemente nombran. Oxígeno es una de ellas. A primera vista, se trata de un término científico que designa un elemento químico perfectamente definido. Sin embargo, cuando se observa su configuración desde la perspectiva de la Lingüística Primigenia, las palabras que diferentes lenguas utilizan para nombrarlo parecen abrir una posibilidad distinta: que detrás del concepto abstracto de oxígeno exista una estructura sensible relacionada con una de las experiencias más elementales de la existencia humana: respirar.

Para este análisis se tomaron como referencia cinco lenguas: español, inglés, alemán, neerlandés y polaco. El náhuatl, que forma parte habitual de la perspectiva intercultural del Diccionario emotivo de la lengua, no se utilizó en este caso porque no se identificó un equivalente histórico único y suficientemente estandarizado para el concepto químico moderno de oxígeno que permitiera realizar con rigor el mismo procedimiento de análisis letra por letra. En lugar de construir artificialmente una palabra náhuatl, se optó por incorporar otras lenguas que ofrecieran formas lexicalizadas y metodológicamente comparables. Primero se consideró el griego antiguo por su

relación etimológica con oxygen, pero finalmente se eligieron el neerlandés zuurstof y el polaco tlen, pues sus configuraciones aportan perspectivas particularmente interesantes al análisis.

La primera configuración corresponde al español: OXÍGENO. La palabra contiene siete letras y presenta una característica decisiva: la O aparece dos veces. Tanto la retención como la integración, asociadas a esta letra, adquieren por ello una doble incidencia. La configuración se completa con la estructura y el peso de la carga de la X; la indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente de la I; la magia y la displicencia de la G; el entendimiento y la inocencia de la E; y la posibilidad y la necesidad de la N. El resultado es una identidad emotiva predominantemente integradora y contenedora.

En esta configuración, el oxígeno aparece como aquello que puede ser retenido e integrado dentro de una estructura. La X introduce la necesidad de sostener una carga; la I permite imaginar la circulación; la G aporta transformación; la E permite comprenderla y la N abre la posibilidad. La doble O, además, produce una estructura envolvente: la palabra comienza y termina con retención e integración. Desde esta perspectiva, su identidad emotiva puede sintetizarse como la integración de una posibilidad vital que debe ser contenida, estructurada, comprendida y puesta en circulación para producir transformación.

El inglés ofrece OXYGEN, una configuración de seis letras que modifica sustancialmente ese equilibrio. La O conserva las nociones de retención e integración y la X mantiene la estructura y el peso de la carga, pero aparece una nueva letra: la Y, asociada al poder de atracción y a la inocencia. La G conserva la magia y la displicencia; la E, el entendimiento y la inocencia; y la N, la posibilidad y la necesidad.

La consecuencia de esta sustitución es significativa. La inocencia aparece dos veces, mediante Y y E, convirtiéndose en el concepto de mayor incidencia individual. Pero la Y también introduce el poder de atracción, desplazando parcialmente el centro de la configuración española. El oxígeno ya no aparece solamente como algo que se contiene y se integra, sino como una fuerza que atrae, transforma y abre posibilidades, aunque pueda existir una aproximación inconsciente o inocente hacia aquello que hace posible la vida.

Esta configuración resulta especialmente sugerente cuando se piensa en la respiración. Respirar es, en gran medida, un acto que realizamos sin comprender conscientemente cada instante de su funcionamiento. La respiración puede ser voluntariamente modificada, pero normalmente ocurre de manera automática. Así, la coexistencia de entendimiento e inocencia puede

ser leída como una representación de esa doble condición: sabemos que respiramos, pero no necesitamos pensar continuamente en hacerlo.

El alemán introduce una configuración mucho más extensa mediante SAUERSTOFF. Sus diez letras contienen dos S y dos F, por lo que seducción, sufrimiento, fraternidad y descomposición tienen doble incidencia. A ello se suman el poder y la displicencia de A; la interiorización y negligencia de U; el entendimiento y la inocencia de E; lo real y la ingenuidad de R; el sacrificio y la carga de T; y la retención e integración de O.

Su identidad emotiva es, por ello, más relacional, ambivalente y transformadora. La doble S establece una relación entre aquello que seduce y aquello cuya ausencia puede producir sufrimiento. La U introduce la interiorización: algo externo debe ser llevado hacia dentro. La T agrega sacrificio y carga, mientras la O introduce la integración. Finalmente, las dos F colocan en primer plano la tensión entre fraternidad y descomposición.

La configuración alemana puede interpretarse como una secuencia de atracción, interiorización, comprensión, realidad, esfuerzo, integración y transformación. El oxígeno aparece aquí como una fuerza que participa activamente en la relación entre elementos. No es simplemente algo benéfico: es un agente transformador que puede favorecer la unión, pero que también participa en procesos de

deterioro y descomposición. Su identidad emotiva puede resumirse como una fuerza que atrae hacia el interior, se incorpora a la realidad mediante esfuerzo y sacrificio, favorece la integración y la fraternidad, pero cuyo poder transformador contiene simultáneamente la posibilidad del sufrimiento y la descomposición.

El neerlandés ofrece ZUURSTOF, y su configuración introduce quizá uno de los elementos más sugerentes de todo el análisis. La U aparece dos veces consecutivas. Por ello, interiorización y negligencia tienen una incidencia doble. La palabra comienza con la determinación y el extremo de Z, continúa con la doble interiorización de U, pasa por la realidad y la ingenuidad de R, la seducción y el sufrimiento de S, el sacrificio y la carga de T, la retención y la integración de O y termina con la fraternidad y la descomposición de F.

Aquí la estructura emotiva parece aproximarse con especial claridad al movimiento físico de la respiración: algo exterior debe ser llevado hacia el interior. La doble U puede interpretarse metafóricamente como una insistencia en ese movimiento de incorporación. Pero su sombra es igualmente reveladora: la negligencia aparece dos veces. Respirar es indispensable y, al mismo tiempo, tan cotidiano que normalmente podemos olvidarnos de él.

La identidad emotiva de ZUURSTOF puede expresarse como una determinación de interiorizar aquello que sostiene la realidad y la continuidad vital, mediante un esfuerzo que permite integrarlo y transformarlo, aunque su carácter cotidiano puede volverlo inadvertido y vulnerable a la negligencia.

La quinta lengua, el polaco, aporta una configuración particularmente concentrada: TLEN. Frente a la extensión de SAUERSTOFF, sus cuatro letras condensan una secuencia de gran fuerza interpretativa. La T representa sacrificio y carga; la L, límites; la E, entendimiento e inocencia; y la N, posibilidad y necesidad.

Su identidad emotiva puede leerse como la carga de respirar constantemente, delimitada por la necesidad vital de no dejar de hacerlo, sostenida por un entendimiento orgánico y una persistencia que no requiere deliberación consciente. La aportación del polaco es especialmente importante porque introduce una dimensión que no había aparecido con tanta claridad en las otras configuraciones: la temporalidad y la obligación de repetir el acto respiratorio.

No basta con incorporar oxígeno una vez. Hay que volver a hacerlo. La respiración es una continuidad. La T representa el esfuerzo permanente; la L introduce el límite que aparece cuando ese esfuerzo se interrumpe; la E puede representar el conocimiento implícito de que es necesario

continuar; y la N introduce la persistencia casi obstinada del organismo. La “necedad”, entendida en este contexto no como defecto intelectual sino como persistencia irrenunciable, adquiere un significado particularmente sugerente: el organismo respira sin tener que decidir conscientemente que debe hacerlo.

Al reunir las cinco configuraciones aparece entonces una imagen mucho más amplia. El español aporta fundamentalmente la retención y la integración. El inglés incorpora la atracción y la posibilidad, además de una doble presencia de la inocencia. El alemán aporta la interiorización, el sacrificio, la transformación y la tensión entre fraternidad y descomposición. El neerlandés refuerza de manera particular la interiorización reiterada y la posibilidad de que aquello esencial sea ignorado por su carácter cotidiano. Finalmente, el polaco aporta la carga constante y el límite vital de la interrupción.

Las configuraciones no son idénticas y precisamente por ello resultan interesantes. Si fueran idénticas, la comparación aportaría poco más que una confirmación mecánica. Lo que encontramos es diferente: cada lengua parece iluminar una parte de una experiencia común.

El español parece decir: hay que retener e integrar.

El inglés parece añadir: algo atrae, se integra y abre posibilidades.

El alemán parece señalar: aquello que atrae debe interiorizarse y transformarse mediante un esfuerzo que puede producir tanto integración como deterioro.

El neerlandés insiste: esa interiorización debe repetirse y puede pasar inadvertida precisamente porque es cotidiana.

Y el polaco parece concluir: esa carga debe sostenerse constantemente, porque existe un límite más allá del cual la continuidad de la vida se interrumpe.

De esta manera comienza a emerger una posible identidad emotiva intercultural del oxígeno. No se trataría simplemente de decir que el oxígeno significa “vida”, pues ninguna de las configuraciones analizadas puede reducirse a esa palabra. La estructura es mucho más dinámica. El patrón común parece describir un proceso:

atracción o recepción → interiorización → retención
→ integración → transformación → posibilidad →
continuidad.

Pero a este proceso se añade su contraparte:

carga → negligencia → sufrimiento → límite → descomposición.

El resultado es una estructura dual. El oxígeno aparece simultáneamente como condición de continuidad y agente de transformación. Es aquello que debe entrar, ser contenido, integrado y utilizado; pero también aquello cuya presencia implica trabajo, desgaste y transformación de la materia.

Aquí es donde la relación con la respiración adquiere su mayor fuerza interpretativa. Las palabras no parecen limitarse a describir una sustancia. En conjunto, sus configuraciones pueden ser leídas como distintas aproximaciones a la experiencia sensible de respirar.

Respirar implica recibir algo del exterior. Implica atraerlo o permitir su entrada. Implica llevarlo hacia el interior. Implica incorporarlo a una estructura. Implica transformarlo. Implica repetir el proceso. Y, sobre todo, implica que esa repetición continúe, porque existe un límite biológico más allá del cual la vida no puede mantenerse.

La respiración tiene, además, una característica que coincide profundamente con las sombras encontradas en estas palabras: es fundamentalmente inconsciente. Podemos convertirla en objeto de atención, modificarla, contenerla durante cierto tiempo o acelerarla

deliberadamente, pero en condiciones ordinarias no necesitamos pensar en cada respiración. Precisamente por ello, la negligencia y la inocencia aparecen como sombras tan significativas. Lo esencial puede volverse invisible cuando se encuentra permanentemente presente.

Desde esta perspectiva, la aportación intercultural no consiste en que cinco lenguas estén diciendo exactamente lo mismo, sino en que cada una parece aportar una pieza diferente a una experiencia humana común. Una pone el acento en la integración; otra en la atracción; otra en la interiorización y la transformación; otra en la repetición inadvertida; otra en la carga y el límite.

El resultado puede expresarse mediante una formulación central para este capítulo:

«La identidad emotiva intercultural del oxígeno parece configurarse como la experiencia de recibir e interiorizar una presencia externa, retenerla e integrarla en el organismo para transformarla en posibilidad de continuidad vital, mediante un proceso que debe repetirse constantemente y que, precisamente por su carácter indispensable y cotidiano, puede permanecer fuera de la conciencia hasta que su ausencia establece un límite para la vida.»

La elección de las lenguas resulta, por ello, metodológicamente significativa. El español, inglés,

alemán, neerlandés y polaco no producen una única definición emotiva del oxígeno; producen un campo de perspectivas. La palabra deja de ser solamente el nombre de un elemento químico y comienza a funcionar como una posible memoria lingüística de la relación entre el organismo y aquello que necesita incorporar del mundo.

El hecho de no haber utilizado el náhuatl en este ejemplo no representa una ausencia menor dentro de la investigación. Por el contrario, constituye una decisión metodológica necesaria. Cuando una lengua no ofrece una forma histórica o lexicalizada suficientemente segura para someterla al mismo procedimiento, resulta preferible no fabricar una equivalencia que pudiera distorsionar el análisis. En este caso, la sustitución por neerlandés y polaco permitió conservar la diversidad intercultural y, al mismo tiempo, incorporar dos configuraciones que terminaron aportando elementos decisivos: la interiorización reiterada y la obligación temporal de respirar.

Así, el oxígeno termina revelándose, dentro del lenguaje del Diccionario emotivo, no solamente como una sustancia, sino como una especie de metáfora involuntaria de la condición respiratoria humana. Lo recibimos, lo interiorizamos, lo retenemos, lo integramos y lo transformamos. Lo hacemos una y otra vez. Casi nunca pensamos en ello. Y, sin embargo, nuestra continuidad depende de que el proceso no se detenga.

Quizá esa sea la intuición más profunda que surge de este análisis: las palabras que nombran aquello que necesitamos para vivir pueden conservar, además de su significado, huellas de la manera en que experimentamos nuestra dependencia de ello. En el caso del oxígeno, esas huellas parecen converger alrededor de una experiencia elemental y universal: respirar es incorporar el mundo para poder continuar siendo.

Energía

La palabra energía parece nombrar, en primera instancia, una capacidad: aquello que permite producir movimiento, transformación o acción. Sin embargo, cuando se observa desde la perspectiva de la Lingüística Primigenia, la palabra deja de ser únicamente una denominación y comienza a comportarse como una construcción sensible de la experiencia humana. El interés no reside solamente en preguntar qué significa «energía», sino en explorar qué experiencia humana parece quedar organizada emotivamente en las diferentes formas lingüísticas mediante las cuales distintas culturas han nombrado aquello que impulsa, sostiene, transforma o mueve la existencia.

Para este análisis se han considerado cinco construcciones lingüísticas: ENERGÍA en español, ENERGY en inglés, ENERGIE en alemán, TONALLI como aproximación náhuatl y TAQA en

árabe. Cada una presenta una configuración diferente y, precisamente por ello, aporta una perspectiva particular a una experiencia que aparentemente es universal: la percepción humana de una fuerza capaz de producir efectos.

En ENERGÍA, la construcción emotiva se encuentra dominada por dos conceptos que aparecen con mayor incidencia: entendimiento e inocencia, ambos presentes dos veces debido a la repetición de la letra E. Esta doble presencia establece un núcleo de comprensión acompañado por apertura, espontaneidad o vulnerabilidad. La posibilidad aparece como una segunda dimensión, vinculada también con la necedad como sombra; lo real se encuentra acompañado por la ingenuidad; la magia, por la displicencia; la indiferencia introduce la posibilidad de navegar con la corriente; y finalmente el ápice, asociado al poder, conduce la palabra hacia una culminación de fuerza.

La identidad emotiva del español puede entenderse, por tanto, como una energía que surge de la capacidad de comprender y permanecer abierta ante lo posible, que entra en contacto con la realidad y puede transformarla mediante una fuerza casi mágica hasta alcanzar el poder. Pero esa misma potencia contiene riesgos: la posibilidad puede convertirse en necedad, la relación con la realidad en ingenuidad y el poder en displicencia. El español aporta así a la construcción intercultural

una concepción de la energía como potencia consciente que puede culminar en poder.

En ENERGY, la configuración inicial permanece prácticamente intacta: entendimiento, inocencia, posibilidad, realidad y magia vuelven a aparecer. Sin embargo, la terminación cambia radicalmente la dirección emotiva de la palabra. La Y introduce el poder de atracción, acompañado nuevamente por la inocencia. Debido a ello, la inocencia alcanza tres incidencias y se convierte en el componente de mayor frecuencia, mientras que el entendimiento aparece dos veces.

La identidad emotiva del inglés puede formularse como una fuerza de entendimiento y posibilidad profundamente vinculada con la inocencia, capaz de relacionarse con lo real y transformarlo de manera casi mágica, pero cuya culminación no se encuentra tanto en la conquista del poder como en la capacidad de atraer. El inglés aporta, de este modo, una dimensión magnética a la experiencia energética. La energía no es solamente aquello que se ejerce sobre el mundo; es también aquello que convoca, atrae y establece relaciones.

En ENERGIE, la letra E aparece tres veces. Como consecuencia, tanto el entendimiento como la inocencia alcanzan tres incidencias y se convierten en el centro dominante de la construcción. La posibilidad y la realidad continúan presentes, así como sus respectivas sombras de necedad e

ingenuidad. La magia aparece acompañada por la displicencia, mientras que la I incorpora la indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente.

La identidad emotiva del alemán parece, por ello, orientarse hacia la energía como experiencia de comprensión y apertura. Es una fuerza potencial que permite relacionarse con la realidad, transformarla y avanzar incluso dejándose llevar por la corriente. Sin embargo, su potencia también puede convertirse en necedad, ingenuidad, displicencia o indiferencia.

La aportación alemana es especialmente significativa porque desplaza el centro de gravedad de la palabra desde el exterior hacia el interior: la energía parece comenzar por la comprensión de la fuerza y por una disposición abierta ante ella. Mientras el español conduce la experiencia hacia el poder y el inglés hacia la atracción, el alemán enfatiza el entendimiento como condición de la experiencia energética.

La configuración de TONALLI introduce una transformación mucho más profunda. Aquí desaparece el núcleo dominante de entendimiento e inocencia que caracterizaba a las tres formas anteriores y aparecen con fuerza los conceptos de carga, sacrificio, retención, integración y límites. Las dos letras L hacen que el concepto de límite

tenga dos incidencias y se convierta en el componente más repetido.

Desde esta configuración, TONALLI puede entenderse emotivamente como una fuerza que debe ser sostenida, contenida e integrada dentro de determinados límites. La energía implica carga y sacrificio, pero también la capacidad de incorporar aquello que se recibe. Existe una posibilidad de alcanzar el poder, aunque acompañada por el riesgo de la displicencia. Y, al igual que en ENERGIE, aparece la posibilidad de navegar con la corriente.

La aportación náhuatl es particularmente relevante porque introduce una dimensión existencial que no estaba tan marcada en las otras lenguas: la energía como aquello que se carga y se sostiene. No se trata solamente de tener fuerza, sino de asumir la responsabilidad, el peso y los límites que acompañan a esa fuerza. En esta configuración, la energía adquiere una dimensión de contención y equilibrio.

La palabra árabe TAQA aporta otra perspectiva todavía más explícita. Su construcción emotiva puede leerse como una experiencia que comienza con la carga, pasa al poder, encuentra la posibilidad de una fuerza que puede llegar a ser excesiva y termina nuevamente en el poder. La repetición de la A hace que el poder tenga dos incidencias y se convierta en el núcleo dominante.

La identidad emotiva de TAQA parece describir así una lección sobre la carga que implica el poder. La energía puede comenzar como algo que debe ser soportado, transformarse en poder, crecer hasta convertirse en una fuerza excesiva y finalmente producir nuevamente una condición de poder. Existe en esta construcción una especie de dinámica circular: la carga genera poder, el poder puede acumularse hasta el exceso y el exceso puede convertirse en una nueva forma de poder.

La aportación árabe introduce, por consiguiente, una dimensión que resulta fundamental para comprender la experiencia energética: el riesgo de la acumulación de fuerza. La energía no solamente habilita; también puede exceder. Y cuando excede, modifica la naturaleza de aquello que la contiene. En este sentido, TAQA funciona como una advertencia emotiva acerca de la relación entre capacidad, carga, exceso y poder.

Al reunir las cinco configuraciones, la diversidad deja de parecer accidental. Cada lengua parece iluminar una región diferente de una misma experiencia humana. El español conduce la energía hacia el poder; el inglés hacia la atracción; el alemán hacia el entendimiento; el náhuatl hacia la carga, los límites y la integración; y el árabe hacia la relación entre carga, poder y exceso.

La identidad emotiva intercultural que emerge de este conjunto puede formularse como una experiencia humana mucho más amplia que la definición convencional de energía. La energía parece ser experimentada por el ser humano como una capacidad potencial de transformación que necesita ser comprendida, que puede atraer, que debe ser contenida y que puede convertirse en poder, pero que también contiene la posibilidad de exceder los límites de quien la posee o administra.

Vista de esta manera, la energía no es simplemente una fuerza que existe. Es una relación humana con la fuerza. El ser humano no solamente percibe que algo tiene capacidad para producir un efecto; percibe también la necesidad de comprender esa capacidad, relacionarse con ella, contenerla, dirigirla y asumir las consecuencias de su acumulación.

El español aporta la idea de que la energía puede culminar en poder. El inglés revela que la fuerza puede manifestarse como atracción. El alemán recuerda que la relación con la energía comienza por el entendimiento. El náhuatl introduce la experiencia de cargar, contener, integrar y respetar los límites. El árabe añade la conciencia de que la fuerza puede acumularse hasta alcanzar el exceso y convertirse nuevamente en poder.

La convergencia de estas perspectivas permite observar una estructura profunda: entender la

fuerza, abrirse a su posibilidad, relacionarse con ella, contenerla y asumir su poder. La energía aparece así como un fenómeno simultáneamente interior y exterior. Es comprensión, posibilidad, movimiento, atracción, carga, límite y poder.

También sus sombras adquieren una coherencia intercultural. El potencial puede convertirse en necesidad; la relación con la realidad puede caer en ingenuidad; la magia de transformar puede degenerar en displicencia; la capacidad de adaptarse puede convertirse en indiferencia; el poder puede crecer hasta convertirse en exceso. Esto sugiere que las culturas no solamente parecen registrar aquello que la energía permite hacer, sino también aquello que puede ocurrir cuando la fuerza pierde dirección, conciencia o medida.

Desde esta perspectiva, quizá la enseñanza emotiva más profunda de la palabra ENERGÍA sea que toda capacidad de transformación implica una responsabilidad proporcional a la fuerza que contiene. Una energía sin comprensión puede convertirse en necesidad; sin límites, en exceso; sin integración, en carga; sin conciencia de sus efectos, en displicencia. Pero cuando es comprendida, contenida y dirigida, puede convertirse en posibilidad, transformación, atracción y poder.

La palabra, observada interculturalmente, parece conservar así una memoria humana común: la humanidad reconoce en la energía la posibilidad de transformar el mundo, pero también reconoce que toda fuerza suficientemente grande exige ser comprendida, sostenida y contenida. En ese equilibrio entre potencia y límite parece encontrarse la identidad emotiva intercultural de la energía.

Dormir

La palabra dormir parece designar una de las experiencias humanas más sencillas y universales: suspender temporalmente la actividad consciente para permitir que el organismo descanse. Sin embargo, cuando se observa desde la perspectiva de la Lingüística Primigenia, la aparente sencillez del concepto comienza a revelar una estructura mucho más compleja. Las diferentes lenguas no solamente ofrecen nombres distintos para una misma experiencia; sus configuraciones emotivas parecen iluminar distintas dimensiones de aquello que significa para el ser humano abandonar temporalmente la vigilia.

Para este análisis se han considerado cuatro expresiones: DORMIR, en español; SLEEP, en inglés; SCHLAFEN, en alemán; y SHUIJIAO, como representación fonética del mandarín shuìjiào (睡觉). En cada caso se ha tomado en cuenta la

incidencia de los conceptos asociados a cada letra, de manera que las letras repetidas adquieren un peso proporcionalmente mayor dentro de la identidad emotiva de la palabra. El resultado no pretende establecer una equivalencia semántica absoluta entre las lenguas, sino explorar qué aspectos de la experiencia humana del dormir parecen quedar emotivamente resaltados por cada configuración.

En DORMIR, la experiencia se organiza alrededor de una retirada voluntaria del control. La letra D introduce lo divino y el deseo; la O incorpora la retención y la integración; la R, repetida dos veces, otorga un peso especial a lo real y a la ingenuidad; la M introduce la maternidad y, en su sombra, la maldad; mientras que la I representa la indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente. La repetición de la R convierte a lo real y a la ingenuidad en el eje cuantitativamente predominante de esta configuración.

La identidad emotiva española de DORMIR puede comprenderse así como un regreso a una condición de confianza y vulnerabilidad en la que el individuo abandona temporalmente el control para integrar lo vivido. La retención y la integración sugieren que dormir no es simplemente dejar de actuar, sino permitir que aquello experimentado durante la vigilia sea asimilado. La maternidad introduce la imagen del refugio y del cuidado, mientras que la ingenuidad representa la condición

de quien acepta no controlar completamente lo que ocurre mientras permanece dormido. Su sombra aparece cuando la capacidad de dejarse llevar se transforma en indiferencia, dependencia o evasión de la realidad.

El inglés, mediante SLEEP, presenta una identidad emotiva diferente. La S introduce la seducción y el sufrimiento; la L, los límites; la E aparece dos veces y aporta entendimiento e inocencia; y la P introduce la atención al detalle y la atención a los problemas. La doble E constituye aquí el centro cuantitativo de la configuración. La palabra parece organizar el dormir alrededor de una suspensión temporal de la vigilancia consciente, protegida por límites y acompañada por una condición de inocencia.

La identidad emotiva de SLEEP enfatiza el carácter de refugio que puede tener el descanso. La seducción representa la atracción hacia la pausa; el sufrimiento, aquello de lo que el descanso permite recuperarse; los límites crean una frontera entre la actividad y el reposo; y la doble presencia del entendimiento y la inocencia introduce una paradoja: dormir requiere abandonar temporalmente la necesidad de comprender y controlar todo. La atención a los problemas permanece como una sombra al final de la estructura, recordando que los problemas no desaparecen necesariamente porque la conciencia deje de atenderlos. Por ello, SLEEP aporta al

concepto intercultural la idea de poner límites al mundo para recuperar una forma de comprensión que no depende de la vigilancia permanente.

En alemán, SCHLAFEN presenta una arquitectura mucho más extensa. Sus ocho letras incorporan seducción y sufrimiento; cariño y desplazamiento de responsabilidad; valores y rigidez; límites; poder y displicencia; fraternidad y deterioro; entendimiento e inocencia; y, finalmente, posibilidad y necesidad. Al no existir letras repetidas, ninguno de estos pares recibe un peso cuantitativo superior a los demás. Su identidad surge de la interacción de una red más amplia de dimensiones sociales, normativas y existenciales.

La identidad emotiva alemana representa el dormir como un espacio de protección, suspensión de la responsabilidad activa y preparación para continuar. El cariño introduce cuidado; los valores y los límites proporcionan estructura; la dimensión del poder recuerda que dormir supone renunciar temporalmente a la capacidad de actuar sobre el entorno; la fraternidad introduce la dimensión colectiva del descanso; el deterioro explica su relación con la necesidad de recuperación; la inocencia expresa la disminución de la vigilancia; y la posibilidad representa la oportunidad de recomenzar después del descanso. Su sombra aparece cuando el cuidado se transforma en dependencia, los valores en rigidez, los límites en

aislamiento, la renuncia al poder en displicencia o el descanso en evasión de responsabilidades.

El mandarín, representado aquí por SHUIJIAO, introduce una configuración especialmente significativa. La S aporta seducción y sufrimiento; la H, valores y rigidez; la U, interiorización y negligencia; la I aparece dos veces, aportando indiferencia y posibilidad de navegar con la corriente; la J introduce retos y deterioro; la A incorpora poder y displicencia; y la O aporta retención e integración. La repetición de la I convierte la suspensión de la intervención y la capacidad de dejarse llevar en el elemento de mayor incidencia de la palabra.

La identidad emotiva de SHUIJIAO puede expresarse como una experiencia de retiro del mundo exterior para permitir que procesos internos continúen sin la intervención consciente de la voluntad. La interiorización conduce hacia el interior; la doble I refuerza la aceptación del flujo; la J vincula el descanso con la recuperación frente a los retos y el deterioro; la A representa la renuncia temporal al poder; y la O cierra el proceso mediante la retención y la integración. La sombra se encuentra en la posibilidad de que la aceptación se convierta en indiferencia, la interiorización en negligencia o la renuncia al control en displicencia.

Las cuatro lenguas, por tanto, parecen observar el mismo fenómeno desde ángulos diferentes. El

español aporta la integración y la vulnerabilidad confiada; el inglés, los límites y la suspensión de la vigilancia; el alemán, la dimensión social, normativa y existencial; y el mandarín, la interiorización y la aceptación del flujo. No se trata de afirmar que estas lenguas "piensen" el dormir exclusivamente de estas maneras, sino de reconocer que, dentro del modelo de la Lingüística Primigenia utilizado en este estudio, sus configuraciones emotivas resaltan distintas facetas de una experiencia compartida.

Cuando estas cuatro identidades se superponen aparece una estructura intercultural particularmente coherente. Dormir comienza como una respuesta a una tensión: el sufrimiento, el cansancio, los retos y las exigencias de la vigilia hacen necesario el descanso, mientras que la seducción, el cariño y el deseo lo hacen atractivo. Para poder dormir, el individuo necesita establecer límites respecto del exterior y suspender temporalmente el ejercicio de su poder y de su responsabilidad activa. A continuación se produce un movimiento de interiorización, durante el cual disminuye la vigilancia consciente y aumenta la disposición a dejarse llevar.

En este punto aparece uno de los elementos más interesantes de la configuración intercultural: las diferentes lenguas coinciden en asociar el dormir con alguna forma de renuncia temporal al control. En español aparece como navegación con la

corriente e ingenuidad; en inglés como inocencia y suspensión de la atención sobre los problemas; en alemán como renuncia temporal al poder y disminución de la responsabilidad activa; y en mandarín como indiferencia y navegación con la corriente, reforzadas por la doble incidencia de la I. La forma concreta cambia, pero la experiencia subyacente parece converger: para dormir es necesario dejar de gobernar conscientemente el mundo.

Sin embargo, esa renuncia no equivale a vacío. La O del español y del mandarín introduce la integración y la retención, mientras que la configuración inglesa coloca en el centro el entendimiento y la alemana conduce hacia la posibilidad de recomenzar. Desde esta perspectiva, el dormir puede interpretarse como una actividad paradójica: exteriormente parece inactividad, pero emotivamente aparece como un período de transformación silenciosa. Mientras la conciencia deja de actuar sobre el mundo, el organismo continúa trabajando sobre sí mismo.

La maternidad del español y el cariño del alemán introducen además una dimensión de refugio. Dormir supone exponerse a la vulnerabilidad, y esa vulnerabilidad necesita un espacio suficientemente seguro para ser aceptada. Los límites del inglés y del alemán, así como la interiorización del mandarín, contribuyen a construir ese espacio protegido. El dormir aparece entonces como una

especie de frontera temporal en la que el individuo se retira de las demandas externas para recuperar sus condiciones internas.

Pero la configuración intercultural también revela una sombra común. Lo que permite descansar puede convertirse en aquello que permite evadir. La indiferencia puede convertirse en negligencia; la inocencia, en desconocimiento; la navegación con la corriente, en pasividad; el refugio, en dependencia; los límites, en aislamiento; y la renuncia al poder, en displicencia. Por ello, el dormir aparece como una experiencia cuyo valor depende precisamente de su temporalidad. Abandonar el control puede ser saludable porque permite recuperarlo posteriormente; abandonar permanentemente la responsabilidad ya no constituye descanso, sino evasión.

Desde esta perspectiva, la identidad emotiva intercultural de DORMIR podría sintetizarse como la suspensión temporal y voluntaria del control mediante la cual el ser humano se retira de las exigencias del mundo, se vuelve hacia su interior, permite la integración de lo vivido y recupera las condiciones necesarias para volver a actuar.

Dormir sería, entonces, mucho más que dejar de estar despierto. Sería una forma de confianza. El individuo acepta que, durante algunas horas, no puede vigilarlo todo, resolverlo todo, comprenderlo todo ni ejercer poder sobre todo. Se entrega a una

condición de vulnerabilidad y permite que otros procesos —biológicos, emocionales y posiblemente cognitivos— continúen trabajando sin su intervención consciente.

Quizá por eso las diferentes configuraciones analizadas convergen en una paradoja: el descanso requiere renunciar al control para recuperar la capacidad de ejercerlo. El sueño, entendido aquí exclusivamente como el acto de dormir, no representa simplemente una interrupción de la vida activa. Es una pausa necesaria dentro de ella; un territorio liminal donde la persona deja de gobernar para poder reconstruirse, integra lo que ha vivido y regresa posteriormente a la realidad con una nueva posibilidad de actuar.

En la perspectiva de este diccionario, las palabras DORMIR, SLEEP, SCHLAFEN y SHUIJIAO parecen conservar, cada una desde su propia configuración, fragmentos de esa experiencia universal. El español enfatiza el retorno a lo real mediante la confianza; el inglés protege el descanso mediante límites e inocencia; el alemán lo sitúa dentro de una estructura de cuidado, responsabilidad y posibilidad; y el mandarín acentúa la interiorización y la aceptación del flujo. Juntas construyen una imagen intercultural en la que dormir aparece como el arte humano de abandonar momentáneamente el mundo sin abandonarse a uno mismo.

Refugio

La palabra refugio parece expresar, en su sentido más inmediato, la existencia de un lugar donde una persona puede protegerse, ponerse a salvo o encontrar seguridad. Sin embargo, cuando se observa desde la perspectiva de la Lingüística Primigenia, su construcción fonética permite explorar una dimensión diferente: la experiencia humana que parece organizarse emotivamente detrás de la palabra. Para este análisis se consideraron cuatro configuraciones lingüísticas: REFUGIO, en español; REFUGE, en inglés; ZUFLUCHT, en alemán; y ECATZACUILIA, utilizada como aproximación funcional en náhuatl. Esta última no constituye una traducción sustantiva exacta de “refugio”, sino una expresión vinculada con la acción de abrigar, proteger o resguardar, diferencia que resulta metodológicamente significativa porque permite observar una concepción distinta de la experiencia protectora.

La configuración de REFUGIO presenta una estructura equilibrada, pues cada una de sus siete letras aparece una sola vez. Por ello, ningún concepto obtiene predominio por repetición y su identidad emotiva surge de la interacción entre sus componentes. La palabra comienza con lo real, aunque acompañado por la ingenuidad; continúa con el entendimiento, unido a la inocencia; incorpora la fraternidad frente a aquello que se encuentra descompuesto; conduce hacia la

interiorización, enfrentada a la negligencia; introduce la magia junto con la displicencia; pasa por la indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente; y finalmente llega a la retención y la integración. El refugio español aparece así como una experiencia de contención frente a una realidad potencialmente amenazante. Es un espacio donde la persona puede comprender lo que ocurre, compartir la vulnerabilidad con otros, retirarse temporalmente hacia su interior y finalmente retener e integrar la experiencia vivida. Su fortaleza consiste en preservar aquello que necesita protección; su riesgo consiste en que la protección se transforme en aislamiento, pasividad o evasión.

La identidad emotiva de REFUGIO puede comprenderse, por tanto, como la búsqueda de un espacio de protección y contención en el que la realidad puede ser comprendida, la vulnerabilidad compartida y la experiencia interiorizada hasta recuperar integración. El refugio no aparece simplemente como un escondite, sino como un lugar de procesamiento emocional: se entra en él para conservarse y, eventualmente, para volver a salir con una experiencia reorganizada.

En REFUGE, la configuración inglesa comparte las primeras cuatro letras con el español, pero su desenlace transforma significativamente la identidad. La E aparece dos veces, por lo que el entendimiento y la inocencia adquieren un peso

emotivo mayor. La palabra conserva la realidad y la ingenuidad de R, el entendimiento y la inocencia de E, la fraternidad y la descomposición de F, la interiorización y la negligencia de U, y la magia y la displicencia de G. Sin embargo, en lugar de concluir con la indiferencia, la navegación con la corriente, la retención y la integración de REFUGIO, vuelve a E. De esta manera, el refugio inglés parece conducir hacia la recuperación o preservación del entendimiento y de la inocencia.

La identidad emotiva de REFUGE puede describirse como la construcción de un espacio protector ante una realidad que amenaza la vulnerabilidad, donde la fraternidad y la interiorización permiten preservar aquello que todavía puede comprenderse e incluso conservar cierta inocencia. Su tensión fundamental se encuentra entre protección y evasión: el refugio protege, pero puede convertirse en negligencia; ofrece seguridad, pero esa seguridad puede generar displicencia. La doble presencia de E otorga a la palabra un carácter especialmente cognitivo y vulnerable: refugiarse no solamente significa estar a salvo, sino recuperar la capacidad de comprender sin perder completamente la confianza ante el mundo.

El alemán introduce una configuración distinta mediante ZUFLUCHT. Aquí aparece con mucha mayor claridad la idea de frontera protectora. La Z representa determinación, pero también extremo y

final permanente; L representa los límites; y estas dos asociaciones producen una concentración conceptual alrededor de la idea de separar un espacio protegido de aquello que queda fuera de él. La U aparece dos veces, otorgando doble incidencia a la interiorización y a su sombra, la negligencia. F introduce nuevamente la fraternidad frente a la descomposición; C incorpora cariño y la posibilidad de desplazar responsabilidades; H aporta valores y rigidez; y T introduce sacrificio y carga.

La identidad emotiva de ZUFLUCHT es, por ello, la de una protección construida mediante una frontera. El refugio alemán parece ser menos una simple condición de seguridad que una decisión de establecer límites. Es necesario determinar dónde termina la amenaza y dónde comienza aquello que debe conservarse. La interiorización permite retirarse hacia el espacio protegido; la fraternidad y el cariño proporcionan soporte humano; los valores establecen las reglas de permanencia; y el sacrificio recuerda que mantener un refugio tiene un costo. Su sombra aparece cuando los límites se vuelven rigidez, la interiorización se transforma en negligencia o la protección genera dependencia y desplazamiento de responsabilidades.

En esta configuración, ZUFLUCHT aporta al concepto intercultural de refugio la noción de frontera. Mientras REFUGIO enfatiza la contención y la integración y REFUGE la comprensión y la

preservación de la inocencia, ZUFLUCHT presenta el refugio como una estructura delimitada que permite proteger lo vulnerable mediante una separación deliberada entre interior y exterior.

La configuración náhuatl utilizada como aproximación funcional, ECATZACUILIA, produce una identidad todavía diferente. Su extensión de doce letras permite una mayor diversidad y, sobre todo, una distribución desigual de incidencias. La letra A aparece tres veces, mientras que C e I aparecen dos veces cada una. Esto significa que poder y displicencia constituyen el núcleo de mayor incidencia; cariño y desplazamiento de responsabilidad forman un segundo núcleo; e indiferencia y posibilidad de navegar con la corriente constituyen un tercero.

ECATZACUILIA comienza con entendimiento e inocencia. Después aparece el cariño, seguido por el poder y la posibilidad de displicencia. El sacrificio y la carga introducen el costo de proteger; la determinación y el extremo establecen una separación; nuevamente aparecen poder y cariño; después la interiorización y la negligencia; y finalmente la indiferencia, los límites, nuevamente la indiferencia y, como cierre, el poder.

Esta distribución hace que ECATZACUILIA conciba emotivamente la protección como una acción ejercida sobre algo o alguien vulnerable. El refugio ya no aparece solamente como un espacio al que

una persona llega, sino como una capacidad de proteger. Quien protege ejerce poder, ofrece cariño, establece límites y asume una carga. El acto protector requiere sacrificio y determinación, pero también puede producir dependencia, desplazar responsabilidades o generar una posición de superioridad que derive en displicencia. La doble incidencia de I introduce además una dimensión de adaptación: proteger no siempre significa luchar contra la corriente; en determinadas circunstancias puede consistir en aprender a navegar con ella.

La identidad emotiva de ECATZACUILIA puede resumirse como una protección afectiva ejercida desde una posición de capacidad y poder, orientada a preservar aquello que se considera vulnerable mediante límites, sacrificio y cuidado, aunque siempre expuesta al riesgo de convertirse en dependencia, negligencia, indiferencia o exceso de autoridad.

Al colocar las cuatro configuraciones una frente a otra surge una imagen intercultural notable. Las lenguas no parecen describir exactamente el mismo refugio desde el punto de vista emotivo. Cada una ilumina una dimensión diferente de la experiencia humana.

El español, mediante REFUGIO, aporta la idea de contención e integración. El refugio es un espacio donde la experiencia amenazante puede ser

procesada y finalmente integrada. La protección tiene una finalidad restauradora: conservar, contener y reorganizar.

El inglés, mediante REFUGE, aporta la dimensión de entendimiento e inocencia. El refugio aparece como una condición que permite preservar la capacidad de comprender y proteger aquello que todavía conserva vulnerabilidad o confianza. Su centro emotivo se encuentra en la recuperación de una cierta seguridad cognitiva y afectiva.

El alemán, mediante ZUFLUCHT, aporta la noción de frontera y límite. El refugio necesita una separación: algo debe quedar dentro y algo fuera. La protección se convierte en una decisión determinada de establecer un perímetro, sostener valores y asumir el costo necesario para conservar ese espacio.

La aproximación náhuatl mediante ECATZACUILIA aporta una dimensión diferente y especialmente significativa: la acción de proteger. El refugio no es solamente un lugar, una condición o una frontera; también es un acto humano de cuidado. Alguien protege a alguien o algo. Esa protección implica poder, cariño, responsabilidad, sacrificio y límites.

De esta manera, la identidad emotiva intercultural de REFUGIO parece emerger como una experiencia mucho más amplia que la definición convencional de “lugar seguro”. Las cuatro

configuraciones permiten construir una secuencia: reconocer una realidad amenazante, comprenderla, establecer un límite, retirarse hacia un espacio protegido, recibir o ejercer cuidado, asumir el costo de la protección y finalmente integrar la experiencia.

El refugio aparece así como una de las respuestas fundamentales de la experiencia humana frente a la vulnerabilidad. Primero existe una realidad que puede amenazar. Después aparece la necesidad de comprenderla. A continuación se establece una frontera que separa aquello que debe protegerse de aquello que representa peligro. Dentro de esa frontera se produce la interiorización, el cuidado y la fraternidad. Alguien ofrece protección o alguien la recibe. Esa protección puede exigir sacrificio y asumir cargas. Finalmente, el individuo puede recuperar aquello que la amenaza había puesto en riesgo: su seguridad, su entendimiento, su inocencia, su integración y su capacidad de continuar.

Sin embargo, la configuración intercultural también revela que todo refugio contiene su propia sombra. Protegerse puede convertirse en aislarse; establecer límites puede transformarse en rigidez; interiorizarse puede convertirse en negligencia; recibir cariño puede producir dependencia; ejercer poder puede generar displicencia; navegar con la corriente puede derivar en indiferencia; y preservar la seguridad puede terminar desplazando la

responsabilidad hacia otros. La misma estructura emotiva que permite construir protección contiene las posibilidades de su deformación.

Desde esta perspectiva, el refugio podría entenderse como una tecnología emocional humana para administrar la vulnerabilidad. No solamente se trata de escapar del peligro. Se trata de crear las condiciones necesarias para que aquello que está amenazado pueda sobrevivir, comprender lo ocurrido y recuperar su equilibrio. En algunos casos ese refugio es un lugar; en otros, una relación; en otros, una frontera; en otros, una disposición interior. Pero en todos aparece la misma pregunta fundamental: ¿cómo preservar aquello que somos cuando el entorno deja de ofrecer condiciones suficientes para nuestra seguridad?

La respuesta intercultural que emerge de estas cuatro configuraciones podría formularse como una síntesis: refugiarse es reconocer una amenaza, delimitar un espacio de protección, retirarse temporalmente hacia él, recibir o ejercer cuidado, asumir las cargas necesarias para preservar lo vulnerable y transformar la experiencia de amenaza en una condición de mayor comprensión e integración.

Así, la palabra REFUGIO, observada desde la perspectiva de la Lingüística Primigenia, deja de representar exclusivamente un lugar donde alguien

se pone a salvo. Se convierte en una representación emotiva de una de las estrategias más antiguas de la experiencia humana: proteger la vida, la identidad, los vínculos y la integridad interior cuando el mundo exterior ya no parece suficientemente seguro. Y quizá precisamente por ello sus distintas formas lingüísticas no se contradicen, sino que se complementan: el español nos muestra el refugio que contiene e integra; el inglés, el que comprende y preserva; el alemán, el que delimita y protege; y la aproximación náhuatl, el que cuida, actúa y asume la responsabilidad de proteger.

La identidad emotiva intercultural resultante puede condensarse finalmente en una idea: el refugio es la construcción consciente de un espacio —físico, afectivo, social o interior— destinado a preservar aquello vulnerable frente a una realidad amenazante, mediante límites, comprensión, cuidado, fraternidad y sacrificio, con la esperanza de que quien se protege pueda recuperar finalmente la seguridad, la integración y la capacidad de regresar al mundo.

Metodología para la construcción de la identidad emotiva intercultural

El propósito de este capítulo es establecer el procedimiento mediante el cual se construyen los análisis del Diccionario emotivo de la lengua. La

metodología parte de una premisa sencilla, aunque de profundas implicaciones: si las palabras pueden contener una configuración emotiva derivada de las asociaciones atribuidas a sus unidades fonéticas y gráficas, entonces es posible estudiar comparativamente palabras pertenecientes a diferentes lenguas para identificar tanto sus particularidades como los elementos que convergen alrededor de un mismo concepto.

El objetivo no es determinar el significado convencional de una palabra. Ese significado pertenece al campo de la semántica y depende de la historia, la gramática, el uso y las convenciones de cada comunidad lingüística. El propósito de este estudio es diferente: analizar la configuración emotiva que resulta de la composición de la palabra y observar qué aspectos de la experiencia parecen quedar enfatizados cuando diferentes lenguas nombran un mismo concepto.

La metodología utilizada se denomina aquí Análisis de Identidad Emotiva Intercultural.

1. La unidad fundamental del análisis

La unidad inicial del estudio es la palabra-concepto.

Se parte de un concepto determinado, seleccionado previamente de acuerdo con los criterios generales del proyecto. Para cada

concepto se busca su correspondiente expresión lingüística en diferentes idiomas.

En el primer estudio del volumen, por ejemplo, el concepto seleccionado fue VIDA, y las formas analizadas fueron:

VIDA, en español;

LIFE, en inglés;

LEBEN, en alemán;

NEMILIZTLI, en náhuatl.

La comparación no supone que estas palabras sean etimológicamente equivalentes ni que posean exactamente el mismo campo semántico. Lo que las vincula metodológicamente es que son utilizadas como expresiones correspondientes al mismo concepto de estudio.

Cuando no existe un equivalente adecuado en una lengua determinada, el procedimiento permite sustituir esa lengua por otra, siempre que la sustitución sea explícita y se conserve el criterio comparativo.

De esta manera, el objeto de análisis no es la palabra aislada, sino la relación:

CONCEPTO → PALABRA EN UNA LENGUA →
CONFIGURACIÓN EMOTIVA

y posteriormente:

MISMO CONCEPTO → DIFERENTES LENGUAS
→ IDENTIDAD EMOTIVA INTERCULTURAL

2. El Diccionario Emotivo como instrumento de codificación

El segundo elemento de la metodología es el Diccionario Emotivo, que constituye el sistema mediante el cual cada letra recibe determinadas asociaciones conceptuales.

Cada letra posee una configuración de doble polaridad. Por ejemplo, una letra puede estar relacionada con un concepto considerado favorable dentro de nuestro modelo y, simultáneamente, con un concepto que representa su posible reverso o sombra.

Así, para el análisis de VIDA:

V se asocia con fortaleza, pero también con contrasentido.

I se asocia con indiferencia y la posibilidad de navegar con la corriente.

D se asocia con lo divino y deseo.

A se asocia con ápice/poder, pero también con displicencia.

El Diccionario Emotivo constituye, por tanto, una especie de tabla de correspondencias entre las unidades constitutivas de una palabra y determinados campos conceptuales.

La metodología no modifica estas asociaciones durante el análisis de una palabra concreta. Una vez establecida la correspondencia de una letra, esta se aplica de manera consistente a todas las palabras que contienen dicha letra.

Esta condición es indispensable para que las comparaciones posteriores tengan sentido.

3. Descomposición de la palabra

Una vez seleccionada la palabra correspondiente al concepto, se realiza su descomposición letra por letra.

El procedimiento puede representarse de la siguiente manera:

$$\text{PALABRA} = L_1 + L_2 + L_3 + \dots + L_n$$

Cada letra es sustituida por las asociaciones que le corresponden en el Diccionario Emotivo.

Por ejemplo:

$$\text{LEBEN} = L + E + B + E + N$$

y cada componente se transforma en su respectivo conjunto de asociaciones.

La descomposición no pretende afirmar que una palabra haya sido históricamente construida mediante la suma consciente de los conceptos atribuidos a sus letras. Esa sería una conclusión que requeriría evidencia histórica independiente.

La operación es, en cambio, analítica: se observa qué configuración emerge cuando la palabra existente es sometida al sistema de correspondencias del Diccionario Emotivo.

Esta distinción resulta fundamental para evitar confundir el método de análisis con una afirmación sobre la intención consciente de los hablantes que originaron la palabra.

4. El principio de incidencia

Uno de los elementos centrales de la metodología es el principio de incidencia.

No todas las asociaciones tienen necesariamente el mismo peso dentro de una palabra. Cuando una letra aparece varias veces, la asociación correspondiente aparece tantas veces como la letra.

Por ejemplo, en LEBEN, la E aparece dos veces.

Por tanto:

$E + E = \text{Entendimiento}^2 + \text{Inocencia}^2$

El entendimiento no recibe una ponderación arbitraria. Su peso deriva directamente de la estructura observable de la palabra.

Este principio resulta todavía más evidente en NEMILIZTLI, donde la I aparece tres veces y la L dos.

En consecuencia, dentro de esa palabra:

Adaptación/fluidez = 3 incidencias

mientras que:

Límites = 2 incidencias

La incidencia constituye así el primer mecanismo cuantitativo del método.

De esta manera, una asociación no recibe mayor importancia porque el investigador la considere intuitivamente más relevante. Su peso inicial procede de la frecuencia con la que aparece dentro de la palabra.

5. Polaridad: luz y sombra

El Diccionario Emotivo no trabaja únicamente con asociaciones positivas. Cada configuración puede contener una dimensión favorable y otra potencialmente problemática.

Por ello, cada palabra se analiza en dos planos:

configuración luminosa y configuración de sombra.

La configuración luminosa reúne las asociaciones que, dentro del sistema, representan capacidades potencialmente favorables para la existencia, la relación, la adaptación o la continuidad.

La configuración de sombra reúne los conceptos que representan los posibles excesos, vulnerabilidades o desviaciones de esas mismas fuerzas.

Esta estructura permite evitar una lectura excesivamente determinista.

Por ejemplo, la fortaleza puede favorecer la supervivencia, pero una fortaleza sin flexibilidad puede convertirse en rigidez o contrasentido. La determinación puede favorecer la continuidad, pero llevada al extremo puede convertirse en una fuerza destructiva. La necesidad afectiva puede favorecer el vínculo, pero también convertirse en dependencia.

La sombra no representa necesariamente una característica negativa presente en todos los individuos o comunidades que utilizan la palabra. Representa el potencial de desviación asociado con el mismo campo emotivo.

6. Construcción de la identidad emotiva de cada palabra

Después de contabilizar las incidencias, se realiza una interpretación cualitativa.

El procedimiento consiste en identificar:

- los conceptos de mayor incidencia;
- los conceptos secundarios;
- las polaridades dominantes;
- las tensiones entre luz y sombra;
- la secuencia en que aparecen los componentes dentro de la palabra.

Esta última dimensión es importante porque el análisis no se limita a contar conceptos. También observa su orden de aparición.

Por ejemplo, LEBEN puede representarse como:

$L \rightarrow E \rightarrow B \rightarrow E \rightarrow N$

y su lectura emotiva permite observar una secuencia de:

límites $\rightarrow$ entendimiento $\rightarrow$ bondad $\rightarrow$
entendimiento $\rightarrow$ posibilidad.

De esta manera, la palabra es tratada simultáneamente como una estructura cuantitativa y como una secuencia cualitativa.

El resultado de esta etapa es la Identidad Emotiva Particular de la palabra en la lengua correspondiente.

7. Identidad emotiva de cada lengua

Cuando se analiza un mismo concepto en diferentes idiomas, cada palabra produce una configuración particular.

Estas configuraciones no deben confundirse con una caracterización psicológica de la población que habla cada idioma.

En este estudio, decir que VIDA presenta una configuración relacionada con fortaleza, deseo y poder no significa afirmar que los hablantes del español sean necesariamente más fuertes, deseantes o orientados al poder que otros pueblos.

La afirmación es mucho más limitada:

La forma lingüística analizada presenta, dentro del sistema del Diccionario Emotivo, esas asociaciones como componentes de su configuración.

Esta distinción permite conservar una actitud naturalista y experimental frente al objeto de estudio.

La identidad particular se formula, por tanto, como una propiedad analítica de la palabra, no como una propiedad esencial de la comunidad lingüística.

8. De la identidad particular a la identidad intercultural

Una vez obtenidas las identidades particulares, comienza la segunda etapa del estudio.

Los resultados se colocan en una matriz comparativa.

Para cada concepto emotivo se registra:

- si aparece o no en cada lengua;
- cuántas veces aparece;
- si corresponde a una dimensión luminosa o de sombra;
- y si su presencia parece ser recurrente o específica.

El propósito es distinguir entre tres tipos de componentes.

El primero son los invariantes interculturales, es decir, conceptos que aparecen en varias lenguas.

El segundo son los componentes específicos, que aparecen únicamente en una de las palabras analizadas.

El tercero son los componentes de intensidad, aquellos que, aunque estén presentes en varias lenguas, tienen una incidencia especialmente elevada en alguna de ellas.

En el caso de VIDA, por ejemplo, la adaptación aparece en español, inglés y náhuatl, mientras que en NEMILIZTLI alcanza tres incidencias. El

entendimiento aparece en inglés, alemán y náhuatl, y alcanza dos incidencias en LEBEN.

Esto permite distinguir entre presencia intercultural e intensidad intralingüística.

9. Distribución e incidencia

La metodología distingue dos medidas que no deben confundirse.

La primera es la incidencia total, que responde a la pregunta:

¿Cuántas veces aparece un concepto dentro del corpus analizado?

La segunda es la distribución intercultural, que responde a:

¿En cuántas lenguas diferentes aparece ese concepto?

Un concepto podría aparecer muchas veces debido a la repetición de una letra en una sola palabra y, sin embargo, estar ausente en las demás lenguas.

Por el contrario, otro concepto podría aparecer una sola vez en cada idioma y tener una distribución intercultural mucho mayor.

Por ello, el análisis debe considerar ambas dimensiones.

En términos generales:

La combinación de incidencia y distribución permite evitar que un concepto sea considerado “central” exclusivamente porque una palabra determinada contiene varias veces la misma letra.

10. La especificidad lingüística

Los conceptos que aparecen únicamente en una lengua no se descartan. Por el contrario, adquieren un valor particular.

En el análisis de VIDA, por ejemplo, fortaleza, deseo y poder aparecen como elementos particulares de la configuración española estudiada. En LIFE aparece la fraternidad; en LEBEN, la bondad; y en NEMILIZTLI, la maternidad, la determinación y el sacrificio.

Estos componentes constituyen lo que denominamos especificidad emotiva lingüística.

No significa que esas culturas desconozcan dichos conceptos. Significa únicamente que esos conceptos aparecen asociados a las letras de la palabra analizada dentro del sistema utilizado.

La especificidad permite conservar aquello que podría perderse si la identidad intercultural se construyera únicamente mediante promedios.

Una verdadera identidad intercultural debe contener tanto lo común como lo singular.

11. Construcción de la identidad emotiva intercultural

La identidad intercultural se construye finalmente mediante la integración de tres dimensiones:

invariantes + intensidades + especificidades

Los invariantes permiten identificar aquello que aparece repetidamente entre lenguas.

Las intensidades permiten identificar dónde determinados componentes adquieren un peso extraordinario.

Las especificidades permiten conservar las perspectivas particulares que cada palabra aporta al concepto.

En el caso de VIDA, la convergencia produjo cuatro grandes dimensiones: límites, entendimiento, adaptación y posibilidad.

A ellas se agregaron las dimensiones particulares de fortaleza, poder, deseo, fraternidad, bondad, maternidad, determinación y sacrificio.

La identidad intercultural no se obtiene, por tanto, mediante una simple suma mecánica. Requiere una segunda interpretación en la que los

resultados cuantitativos son organizados conceptualmente.

El objetivo es responder a una pregunta:

¿Qué imagen del concepto emerge cuando observamos simultáneamente las diferentes maneras en que ha sido configurado emotivamente por las lenguas analizadas?

12. El criterio naturalista

La selección de las palabras que forman el corpus constituye una etapa independiente de su análisis.

El presente volumen adopta una perspectiva naturalista de supervivencia civilizatoria. Esto significa que las palabras no se seleccionan únicamente por su belleza, frecuencia o interés lingüístico, sino por su relevancia para comprender las condiciones que permiten la continuidad de los sistemas vivos y de las sociedades humanas.

La selección parte de conceptos relacionados con necesidades fundamentales de existencia, adaptación, cooperación, reproducción, organización, conocimiento, recursos, seguridad y continuidad.

Esta perspectiva tiene una consecuencia metodológica importante: el diccionario no pretende representar todo el vocabulario de una lengua. Busca estudiar un conjunto de conceptos

que pueden considerarse especialmente relevantes para la supervivencia individual, colectiva y civilizatoria.

La selección naturalista funciona así como un filtro temático previo al análisis lingüístico.

13. La relación entre emotividad, atención y conciencia

La metodología se fundamenta en una hipótesis más amplia de la Lingüística Primigenia.

Los organismos no procesan toda la realidad de manera uniforme. La supervivencia requiere seleccionar determinados estímulos, distinguir amenazas, identificar oportunidades, reconocer vínculos y conservar información relevante.

La emotividad puede entenderse, dentro de este marco, como uno de los mecanismos que contribuyen a establecer qué aspectos de la realidad adquieren prioridad para la atención.

La atención selecciona. La memoria conserva. El lenguaje transmite. La cultura acumula.

Desde esta perspectiva, una palabra puede ser considerada como una estructura histórica de preservación simbólica: una comunidad no necesita únicamente nombrar una realidad; necesita mantener disponible una representación que pueda ser transmitida.

La hipótesis de la Lingüística Primigenia plantea que la fonetización podría haber participado de este proceso y que, en determinadas circunstancias, las estructuras fonéticas podrían conservar asociaciones emotivas derivadas de la experiencia sensible.

El presente método no da por demostrada esa hipótesis. La utiliza como hipótesis de trabajo susceptible de ser contrastada mediante un corpus creciente.

14. Qué demuestra y qué no demuestra el método

Una metodología rigurosa debe establecer también sus límites.

El análisis realizado no demuestra, por sí mismo, que los hablantes originales hayan elegido conscientemente cada letra para expresar el concepto emotivo asociado a ella.

Tampoco demuestra que las comunidades lingüísticas posean una psicología determinada por las palabras que utilizan.

No demuestra que una configuración emotiva sea causalmente responsable del significado convencional de una palabra.

Y tampoco demuestra que las coincidencias interculturales sean necesariamente universales.

Lo que el método sí permite hacer es algo más concreto: generar una representación sistemática y cuantificable de las asociaciones emotivas atribuidas a la composición de las palabras y comparar dichas representaciones entre lenguas para construir un significado emotivo compartido interculturalmente.

La hipótesis adquiere interés científico únicamente cuando las observaciones pueden ser contrastadas con conjuntos de datos suficientemente amplios y mediante procedimientos estadísticos independientes.

Por esta razón, cada capítulo del diccionario debe entenderse como una observación dentro de un corpus progresivo, no como una prueba aislada.

15. El protocolo general del estudio

El procedimiento completo puede resumirse como una secuencia de nueve etapas.

Primero se selecciona un concepto relevante, siguiendo el criterio naturalista del volumen.

Después se identifican sus formas lingüísticas equivalentes o funcionalmente correspondientes.

En tercer lugar, cada palabra se descompone en sus letras constitutivas.

En cuarto lugar, cada letra se transforma mediante el Diccionario Emotivo en sus asociaciones correspondientes.

En quinto lugar, se contabilizan las incidencias, respetando la repetición real de cada letra.

En sexto lugar, se separan las configuraciones de luz y sombra y se analiza su relación.

En séptimo lugar, se construye la Identidad Emotiva Particular de cada palabra.

En octavo lugar, se comparan las palabras mediante una matriz de incidencia, distribución y especificidad.

Finalmente, se construye la Identidad Emotiva Intercultural, integrando las coincidencias y diferencias sin eliminar las particularidades de cada lengua.

El procedimiento puede representarse conceptualmente de la siguiente manera:

CONCEPTO → SELECCIÓN NATURALISTA →
EQUIVALENTES LINGÜÍSTICOS →
DESCOMPOSICIÓN → CODIFICACIÓN EMOTIVA
→ INCIDENCIAS → IDENTIDAD PARTICULAR →
COMPARACIÓN → IDENTIDAD INTERCULTURAL

16. El principio de acumulación del corpus

La validez interpretativa del método no debe depender de un único concepto.

Por ello, el propósito del volumen es construir progresivamente un corpus de palabras relevantes para la supervivencia civilizatoria.

Cada palabra constituye una observación.

Cada idioma constituye una perspectiva.

Cada concepto proporciona una oportunidad para comprobar si determinados patrones se repiten.

Si, después de analizar un número considerable de conceptos, determinadas dimensiones emotivas aparecen sistemáticamente en múltiples lenguas, podremos considerar que existe evidencia para investigar con mayor profundidad su posible carácter intercultural.

Si, por el contrario, las coincidencias desaparecen al ampliar el corpus, ello será igualmente informativo, porque permitirá identificar los límites del modelo.

La metodología está diseñada, por tanto, para que la hipótesis pueda ser fortalecida o debilitada por la acumulación de evidencia.

17. El propósito último

El objetivo final de este procedimiento no es construir un diccionario de significados alternativos. Tampoco pretende reemplazar la lingüística histórica, la semántica, la fonética o las ciencias cognitivas.

Su propósito es explorar una pregunta que se encuentra en la frontera entre lenguaje, emoción, percepción y cultura:

¿Puede la estructura de las palabras conservar información acerca de aquello que los seres humanos consideraron emocionalmente relevante cuando transformaron su experiencia del mundo en lenguaje?

La Lingüística Primigenia propone que esta posibilidad merece ser investigada.

El Diccionario Emotivo de la Lengua constituye el instrumento experimental con el que se intenta hacerlo.

Cada palabra será tratada como una pequeña estructura informacional. Sus letras constituirán las unidades de análisis; sus repeticiones determinarán incidencias; sus asociaciones construirán campos de luz y sombra; sus configuraciones particulares producirán identidades emotivas; y la comparación entre lenguas permitirá buscar aquello que permanece constante y aquello que cambia.

De esta manera, el estudio no busca únicamente saber qué significa una palabra.

Busca descubrir qué dimensiones de la experiencia quedaron emocionalmente preservadas en la manera en que diferentes comunidades decidieron nombrar el mundo.

Y si la hipótesis resulta parcialmente correcta, el conjunto de estas configuraciones podría revelar algo todavía más profundo: que el lenguaje no solamente sirve para describir la realidad que percibimos, sino que también podría conservar una huella emotiva de la realidad que aprendimos a considerar importante.